7 441

PASO • ABATI • MARIO

# La Mulata

ZARZUELA CÓMICA EN TRES ACTOS

Maestros

VALVERDE (hijo), CALLEJA y LLEO

500

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Báez de Ribera, 12

1905

# LA MULATA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PASO ✣ ABATI ✣ MARIO

# LA MULATA

ZARZUELA CÓMICA EN TRES ACTOS

MÚSICA DE LOS MAESTROS

**VALVERDE (hijo), CALLEJA y LLEÓ**

Estrenada en el TEATRO DE ESLAVA la noche del 23 de Marzo de 1905

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
*Teléfono número 551*

1905

*A nuestro querido amigo (magnate)*

Don Alejandro Saint-Aubin

*Los Autores.*

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| SEBASTIANA | Sra. Romero. |
| PEPETA | Soler. |
| CARMEN | Martínez. |
| LUPITA (negra) | Srta. Valdemoro. |
| MELÉNDEZ | Sr. Ontiveros. |
| ROVIROSA | Rodríguez. |
| MONDRAGÓN | Tojedo. |
| NOGUERA | Stern. |
| DON JUAN NEPOMUCENO (notario) | Perrín. |
| JONÁS / PASAJERO 1.º | Arcos. |
| FILOMENO (negro) | Albaladejo. |
| EL CAPITÁN DEL BARCO | Valiente. |
| UN NEGRO | Sanz. |
| BOTERO 1.º | Asensio. |
| IDEM 2.º | Lasantas. |
| IDEM 3.º | Bonet. |

*Pasajeros, marineros, cargadores, boteros, negros y negras*

La acción del primer acto á bordo del vapor «Urumea». Las de los dos restantes en una plantación de la República de Santo Domingo.—Época actual

Derecha é izquierda las del actor

La decoración del acto segundo, la construyó el reputado escenógrafo D. Amalio Fernández.

# ACTO PRIMERO

El teatro representa un trozo de la cubierta de un vapor, visto de costado. Con objeto de hacer la decoración todo lo sencilla posible, bastará la acción que el referido trozo sea el comprendido entre las toldillas y las máquinas. Quedará, pues, de este modo: al foro telón de horizonte; en primer término la obra muerta; todo el espacio comprendido entre el tercer término y el proscenio figurará ser la mitad de la cubierta, suponiéndose que la otra mitad está en el público. Rollos de cuerdas, una escotilla y el nacimiento del palo mesana, sillas, mecedoras, etc.

## ESCENA PRIMERA

EL CAPITÁN, ROVIROSA, PEPETA, PASAJERO 1.°, VIAJEROS y VIAJERAS. Al levantarse el telón los Pasajeros forman grupos alrededor del Pasajero 1.°, que figura que templa una guitarra. Pepeta mira con un anteojo de larga vista. Rovirosa á su lado

**Música**

VOZ (De un marinero dentro.)
Marinero, marinero,
que cruzas la mar bravía,
vuelve pronto, que te espero
llorando de noche y día,
marinero, marinero.

—

PEP. Ahora me parece
que no me equivoco,

672899

ya voy viendo algo,
ya veo otro poco.

ROV Debe ser la costa. (Le quita los gemelos.)

PEP. Déjame, papá,
ya me has fastidiado,
ya no veo ná.

—

PASAJ. 1.º (Que está templando la guitarra.)
Almería, Almería, Almería,
qué bonita está de día.
Santander, Santander, Santander,
á la media noche y al amanecer.

—

CORO Siempre está lo mismo
con el guitarreo.

PASAJ. 1.º Dándole á la prima
me pasa el mareo.

—

(Concluye de templar y canta.)
Cantando por di-traerme
me paso la trave-ía,
me dan su compás las olas
y el viento sus armonías.

—

ROV. (Recitado dentro de la música.)
Mol bonita canción. ¿Es de ustet toda?

PASAJ. 1.º Sí señor.

ROV. Ya me la tiene osté que dejar para un gramófono.

PEP. Cante otra más alegre.

PASAJ. 1.º Allá va.
(Cantado.)
Yo soy nativo de un pueblo
que no conoce la pena,
pues de treinta y cinco casas,
treinta y cuatro son tabernas.

—

PEP. (Recitado.) ¿Y la otra?

PASAJ. 1.º La otra es un almacén de aguardientes.

—

OTRA VOZ Marinero, marinero,
que cruzas la mar bravía, etc.

**Hablado**

CAP. ¿Qué, señor Rovirosa? ¿Ve usted ya las costas americanas?

ROV. (Acento catalán.) ¿Que si me las veo? Como le estoy viendo á usté, ¿y tú Pepeta?

PEP. Ya lo creo: perfectamente.

ROV. (A Pepeta.) Ascolta y yo le encuentro cierto parecido con Reus toda esa parte de la derecha. Capitán, ¿usted ha estado en Reus?

CAP. No, señor.

ROV. ¿De veras? Vamos, no se haga usted el modesto.

CAP. Que no, hombre.

ROV. Bueno, nadie es perfecto en éste mundo; pues póngale usted á Reus unas palmeritas arriba y el *oseano* en la Plaza de Toros y dise ustet gemelos, solo que Reus es más aparente, y vamos, más larguito.

CAP. ¿Y usted, señorita, tenía muchos deseos de ver esta hermosa tierra?

PEP. Sí, señor; era una de las dos ilusiones de mi vida: ver América y comer de fonda.

ROV. Pero sobre todo ver América. (Figura que un bandazo del barco hace caer una silla.)

CAP. ¡Cuidado! (El Capitán sigue paseando )

ROV. Grasias, noy. (Pausa.) ¿No sientes como espesie de emosión al acercarte á las riberas felices donde trovarás al esposo de tus sueños?

PEP. ¡El esposo de mis sueños! Eso de venir la mujer á buscar al hombre... parecerá que le hacemos el amor.

ROV. Y se lo hacemos efectivamente. Un hombre tan rico, que se saca al año serca de veinte mil doscientos duros solo de la plantación... (Sentenciosamente.) *Qui diners ha de cobrar molts pasos ha de donar.*

PEP. Con eso y conque nos resulte un salvaje...

ROV. El rose conmigo le sivilisará, y cállate y date con un canto en la dentadura, que son

contadas las mujeres que tienen la suerte de caer sobre un plantador.

PEP. Veremos (Vuelve á acercarse el Capitán.)

ROV. Yo estoy contentísimo, sobre todo después de lo que nos ha contado esta mañana ese célebre viajero...

PEP. ¡Ah! Sí, el señor Meléndez.

ROV. Según él esto es la Jauja. ¿No es verdad, Capitán?

CAP. (Con ironía.) Por lo visto el señor Meléndez conoce el país mucho mejor que yo, y cuando él lo dice sus razones tendrá.

## ESCENA II

DICHOS, SEBASTIANA, CARMEN. Salen por la izquierda

ROV. Me inspira mucha confianza ese caballero. ¿Le ha oído usted alguna vez contar sus aventuras?

CAP. (Riendo.) ¡No!

SEB. (Adelantándose.) Es lástima, porque no puede usted imaginarse nada tan terrible y tan interesante. Mi yerno es uno de los cazadores más famosos de Santo Domingo. ¿Verdad? (A Carmen.)

CAR. Eso dicen.

SEB. ¿Cómo que eso dicen? Eso dice él; en fin, para haberle puesto en la localidad «El azote de las fieras...» El tigre, el elefante, el carnero. ¡Todo lo que encuentra lo barre!

ROV. ¡Qué hombre! ¡Qué serenidad!

SEB. Y su conocimiento de los negocios: es uno de los primeros colonos de Santo Domingo. Solo con verle crecen más de prisa las cañas de azúcar.

ROV. ¡Y pobre de ellas si no crecieran, las barría!

SEB. Pues en el agua no digamos: es un lobo de mar, ha sufrido los temporales más horribles, y tan fresco, ¿verdad, hija mía?

CAR. Eso dice él.

SEB. Aquí está. Fíjense ustedes en su actitud tranquila, y fiera al mismo tiempo.

## ESCENA III

DICHOS y MELÉNDEZ

MEL. (Sale limpiándose el sudor, demacrado y oprimiéndose el estómago.) La verdad es que yo no sé para qué dan de comer en estos barcos; por lo menos si después de los postres parasen un poquito .. ¡Ay! todo me da vueltas, de pronto, me sube una bola á la garganta, luego me baja, luego vuelve á subir, y dale bola... (A su mujer.) Oye, Carmencita, ¿tienes ahí el agua de melisa?

CAR. (Dándole un frasco.) Sí, toma.

CAP. (Aparte.) Me parece que el lobo de mar se ha mareado.

MEL. (Aparte.) Voy á ver si en la toldilla... (Mutis.)

ROV. (A Sebastiana por Meléndez.) Se le ve el valor. ¡Ah! tengo muchas ganas de echar una parrafada con su yerno de ustet, para pedirle informaciones de Santo Domingo, porque como nosotros vamos á ser plantadores, es decir, el futuro de esta es el que planta.

CAR. ¡Ah! viene usted á casar á su hija.

ROV. Sí, señora; un casamiento molt gracioso, porque no se conosen.

SEB. ¡Es raro!

ROV. Pero ya le va bien. (Se sienta.)

CAR. ¿Y cómo puede ser? (Idem.)

ROV. Mire, de lo más sencillo que cabe. En casa, ¿sabe? venía á parar un comisionista que corría el género de Santo Domingo á Reus; y este comisionista, al darle cuenta á su principal de las operaciones, se conoce que en la posdata le hablaba de nosotros, del cuido que tenía en casa, de las simpatías de la chica, de su laboriosidad, y poco á poco, vamos, posposdata á posdata, le fué inyectando, sin querer un amor desconocido hacia Pepeta, hasta que en este último viaje se nos descol-

gó el comisionista pidiéndonos formalmente, de parte de su principal, la mano de la niña y doscientas pesetas por la comisión.

SEB. Sí que es curioso.

ROV. ¡Ah! en Reus cayó como una bomba. Parece ser que este plantador falta muchos años de España, y como se encuentra sólo, rodeade negros, quiere una compañera que le endulce la existencia.

CAR. ¿Y él sabe que llegan ustedes?

ROV. Ya lo creo, y buenos de duros que me costó, porque yo, sin encomendarme á *Deu* ni al diablo, le puse un cable disiendo: «Voy con la chica, vapor *Urumea.*» ¡¡Diez y seis duros de cable!! ¿Eh?

MEL. (Sale por la izquierda.) ¡Parece que con el aire se me va pasando la angustia!

ROV. ¡Hombre, señor Meléndez!

MEL. ¿Qué hay, amigo Rovirosa?

ROV. Ustet que debe estar bien enterado, ¿qué tal se presenta la recolección?

MEL. ¿La recolección de qué?

ROV. De caña de azúcar.

MEL. (Dándose importancia.) ¡Ah, de caña!... Sí... sí... buení-ima. Hay cada caña. ¡Yo no sé qué vamos á hacer con tanta caña!

ROV. Y diga usted, esa cosa, ¿cómo la disen?... el *siroco* se presenta á menudo aquí.

PEP. (Aparte á Rovira.) Papá, pero si el siroco es un viento de Africa.

MEL. ¿El siroco? (¿Que será el siroco?) ¡Pché!... no da mucho que hacer, porque.. tenemos la precaución de matarlo cuando es pequeñito.

SEB. Oye, Fernando, ¿por qué no le cuentas al señor cómo cazas las serpientes de cascabel?

MEL. Porque eso hay que verlo, contado no tiene relieve.

CAR. Anda, sí, cuéntalo.

ROV. ¡Oh! mire, no dejaría de agradecérselo nunca. Me *embulican* estos *rumanses.*

SEB. Cuando sales escopeta al brazo.

CAR. Y penetras en la espesura...

ROV. Vamos, cuente usté cómo se penetra usté

en la espesura, hombre, que eso debe poner
de punta el cuero cabelludo.

MEL. Bueno, pues oid. (Siga la farsa.)

**Música**

MEL. Es una caza
terrible y fiera,
sangrienta y cruel.
Porque se trata
de la serpiente
de cascabel.
Para cazarla
se necesita
mucho valor,
una escopeta,
dos perros galgos
y otro bul-dog.

—

PEP.
CAR.
SEB.
ROV.
Una escopeta,
dos perros galgos
y otro bul-dog,
bul-dog.

—

MEL. Se levanta uno temprano,
se sacude la mandanga
y á buscar á la serpiente
á la Pampanga.

—

TODOS A la Pampanga.

—

MEL. Ya internado en la espesura
se adelanta usté al lebrel
por si acaso se oye el ruido
del cascabel.

—

TODOS Del cascabel.

—

MEL. Y ala, que ala,
pisando muy quedo,
así de este modo
se avanza sin miedo.

—

TODOS Y ala que ala, etc., etc.

—

MEL. Unos pasos más.

—

TODOS (Imitándole.)
Unos pasos más.

—

MEL. Y un silbido penetrante,
largo, agudo, horripilante,
el momento emocionante
anuncia ya.

—

TODOS ¡Oh, qué valor
hay que tener
para verse de frente
de la serpiente
de cascabel!

—

MEL. Cautela hay que tener
y el arma preparar,
pues suele suceder
que dentro de un breñal
distingue usté al reptil
que agita el cascabel,
tilín, tilín, tilín.

—

TODOS Cautela hay que tener, etc., etc.

—

MEL. El cuerpo se tapa
entre la espesura,
y así la escopeta

y en esta postura
y sin disparar
debe usté esperar.

—

Respira usté luego con satisfación,
porque es necesaria la respiración;
se monta un gatillo y el otro después,
y si hay otro gato, se monta también.

—

TODOS (Marchando cómicamente.)
Qué tiro tiene más *chipén*,
se le ve la cabeza *tre* bien.

—

MEL. Apuntar: á la una, á las dos,
y si marra, encomiéndate á Dios.
(Apunta.) ¡A las tres!
TODOS ¡Pom!
Le he cascado del tiro la nuez.

**Hablado**

MEL. El perro la cobra, la trae y al morral.
ROV. Pues, salvo lo del cascabel, es muy parecida á la caza del conejo.
MEL. (Viendo al Capitán que aparece por la derecha.) ¡Demonio, el Capitan, si me habrá oído!
ROV. Yo me pasaría la vida como un tonto, escuchando esa historias; pero tenemos que hacer los equipajes. Hasta luego.
MEL. Siempre á sus órdenes.
ROV. Mollas gracias. (Mutis)
SEB. Debías escribir un libro con tus aventuras.
MEL. Quite usted
CAR. Tiene razón mamá, sería muy curioso.
CAP. (Con ironía) Si se decide usted á publicarlas reclamo un ejemplar con dedicatoria.
MEL. ¡Ay! Este me está tomando el pelo. (A Carmen.) ¿Has cerrado ya los baules?
CAR. Todavía no.
SEB. Sí; llevas razón, vamos. (Mutis las dos)

## ESCENA IV

MELÉNDEZ y el CAPITÁN

MEL. Capitán, no quiero que se burle usted de mí y voy á serle franco; es la primera vez que vengo á América.

CAP. Franqueza por franqueza; me lo había figurado.

MEL. Usted es un hombre práctico, y quizá pueda darme un buen consejo.

CAP. Veamos. (Le invita á sentarse)

MEL. Yo vivo en Barcelona; soy propietario del «Gran café de los Trópicos.»

CAP. Hombre sí; lo frecuento mucho. ¿Y cómo dan ustedes tan mal café?...

MEL. Está todo tan malo... Bueno, pues estaba yo una tarde en el mostrador colocando terroncitos de azúcar para el servicio...

CAP. Por cierto que dan ustedes bien pocos.

MEL. ¡Está tan cara! Cuando llegaron dos mujeres, una sobre todo, ¡qué morena! aletargaba; se sientan en una mesa próxima al mostrador y piden dos chocolates.

CAP. Por cierto...

MEL. Sí, ya se que es de peseta. Aquellos chocolates me perdieron. Por entonces se ocupaba mucho la prensa de un tal Mondragón explorador y cazador de fieras, que iba á desembarcar en España, y de él hablaban las dos mujeres con entusiasmo; la morena decía: «Un hombre así, fuerte, valeroso, arrojado hasta la temeridad, es digno de ser amado con pasión volcánica.» Créame usted, me sentí arrojado y explorador; hubo momentos en que los terrones de azúcar se me antojaban islas desiertas en el inmenso Océano del platillo; los mozos del café me parecían tigres y cocodrilos... un parroquiano que se fué sin pagar me pareció un salvaje... Salieron, salí tras ellas, supe que la morena marchaba á Valencia, tomé el tren,

me presenté como el explorador Mondragón y fuí amado cual correspondía á un hombre tan valiente.

CAP. ¡Qué suerte!...

MEL. Anita, así se llama la morena, está casada con un comisionista que durante tres meses al año la deja sola para correr la naranja, y durante esos tres meses...

CAP. Comprendido, finge usted que viene de América y es usted feliz en sus brazos.

MEL. Completamente feliz.

CAP. Pero, ¿y su mujer de usted?

MEL. A eso voy: era preciso justificar de algún modo esos tres meses anuales de ausencia; recordé que un compañero de colegio, un tal Escoriaza, me debía cinco mil pesetas que le presté, con las cuales se vino á Santo Domingo, donde ha logrado adquirir una magnífica plantación. Siempre me está invitando á visitarle y esto me sugirió la idea de decir á mi mujer y á mi suegra que yo había comprado ese ingenio para utilizar en el café sus productos, y todos los años abandono el hogar conyugal diciendo que voy á América, y me reuno con Anita.

CAP. Bien, pero en todo eso no veo...

MEL. ¡Ay, amigo mío! Un golpe terrible me esperaba; mi mujer cayó enferma, y el médico mandó que pasase la convalecencia en un clima muy cálido. «Aquí de nuestro ingenio,» dijo mi suegra. «Nos viene de perilla nuestra plantación», añadió mi mujer. Me han espachurrado, pensé yo. Traté de disuadirlas... ¡que si quieres!... Hablé de mil peligros, naufragios, tiburones... Propuse irnos á Niza, Málaga, Bilbao.

CAP. Hombre, Bilbao no es cálido.

MEL. Es que les proponía vivir en los Altos Hornos. Todo inútil; decidieron venir.

CAP. Valiente apuro. ¿Y cómo lo ha vencido usted?

MEL. El borrador de la carta que escribí á Perico Escoriaza se lo explicará. Léala usted.

CAP. «Gran Perico: En momentos angustiosos

para tí, un hombre te tendió su mano y te abrió el bolsillo. Aquella mano es la misma que traza estos renglones, aquel bolsillo era el mío. Tú tienes un ingenio: pues bien, en tu ingenio confío. Un apuro terrible me obliga á presentarme en tu casa con mi mujer y mi suegra, y durante mi permanencia he de pasar como dueño y señor de todo y tú como mi gerente, porque echarte á la calle me parece un poco duro.»

MEL. (Interrumpiendo.) ¿Verdad que es un poco duro?

CAP. (Riendo.) Claro. (Continúa leyendo.) «Escoriaza, sálvame, y para que nuestra estancia sea lo más corta posible, procura ponernos camas muy incómodas, llenas las alcobas de mosquitos, si pueden ser trompeteros mejor, dí á los negros que nos falten al respeto, y en fin, haz todo lo posible por desesperarnos. Tu antiguo compañero de colegio.—Fernando Meléndez.»

MEL. Hé aquí por qué navego hacia Santo Domingo, aterrado ante la idea de que mi mujer y mi suegra puedan descubrirlo todo al menor descuido.

CAP. Estando prevenido su amigo no debe usted tener miedo.

MEL. Lo que me preocupa es que no me ha contestado, ¿le conoce usted?

CAP. No.

MEL. ¿Ni su plantación tampoco? ¡Se llama *La Mulata!*

CAP. ¡Ah, esa sí; es conocidísima! A cualquiera que pregunte usted le dará las señas. Vaya, con su permiso, voy á dar algunas órdenes. (Mutis.)

## ESCENA V

MELÉNDEZ y NOGUERA, por la derecha

MEL. ¡Dios mío, como se descubra el enredo! No, y el capitán lleva razón; por parte de Escoriaza no hay peligro; ahora lo que falta es

que mi suegra se empeñe en que salga á cazar un tigre; sí, porque como no los vendan en la plaza, me parece muy difícil que vuelva con él.

NOG. Servidor.

MEL. Servidor.

NOG. Conque ya llegamos.

MEL. Sí, ya llegamos. (Desgraciadamente.)

NOG. Es bonito esto.

MEL. Muy bonito. ¿Usted lo conoce ya?

NOG. No, señor, es la primera vez que vengo á asuntos comerciales: corro la naranja.

MEL. ¡Eh!

NOG. Tengo una clase muy fina á veinticinco pesetas el millar, si el señor...

MEL. Aquí en América no recuerdo ninguno de mis conocimientos que coman naranjas... si acaso al volver á Barcelona.

NOG. Pues ahí tiene usted mi tarjeta.

MEL. Gracias. (Leyéndola.) ¿Eh? (Asustado.) Jaime Noguera, corredor de naranja. (El marido de Anita.) Voy á sobornarle. (Alto.) ¿De manera que dice usted que tiene una clase á veinticinco pesetas el millar?

NOG. Eso es.

MEL. Bueno, pues mándeme usted dos docenas.

NOG. (Sorprendido.) No vendemos... al por menor.

MEL. Dos docenas de cajas, ¿estarán en cajas?

NOG. ¡Ah, sí! (Tomando nota.) ¿Dónde las mando?

MEL. Apunte usted Barcelona, lista de Correos, cédula número...

NOG. (Interrumpiéndole.) Le advierto á usted que en la lista de Correos no admiten fruta.

MEL. Tiene usted razón; pues entonces R. C. Crédito Lyonés.

NOG. Gracias: y ahora, caballero, necesito de toda su indulgencia para solicitar de usted un favor.

MEL. Diga usted.

NOG. Desde que emprendimos el viaje al oir de boca en boca el relato de sus aventuras, sentí deseos de intimar con usted y puesto que la ocasión se ha presentado, concédame usted su protección.

MEL. ¿Mi protección?

NOG. Sí; usted conoce bien este país, usted es valiente, usted es la única persona que puede ayudarme en mi empresa, porque yo voy á serle á usted franco, yo vengo á matar á un hombre.

MEL. ¡Ah! ¿y quiere usted que yo le ayude?

NOG. A buscarle nada más; ese hombre es el amante de mi mujer.

MEL. ¡Jesucristo! ¡Esto me faltaba!

NOG. Tengo la prueba.

MEL. (Temblando.) La... la prueba.

NOG. Por una carta que he sorprendido me consta que el infame se embarcó en Barcelona para Santo Domingo hace unas tres semanas: y si le encuentro, si le encuentro no se me escapa.

MEL. Mire usted, señor Noguera: aquí es muy difícil encontrar á una persona; Santo Domingo es grande, muy grande: créame usted á mí, renuncie usted á buscarle.

NOG. Estaría bueno. Conozco su nombre.

MEL. (¡María Santísima!)

NOG. Se llama Mondragón.

MEL. (¡Me he salvado en una tabla!)

NOG. Y además tengo un retrato suyo.

MEL. (Adiós tabla.)

NOG. Mejor dicho, no es un retrato, es la mitad, porque mi mujer para salvarle, en el momento que se lo arrebataba, se comió el resto.

MEL. ¡Qué infame! (¡No habérselo comido todo!)

NOG. Pero tenemos para ponernos sobre la pista algunos rasgos de su fisonomía.

MEL. ¡De su fisonomía! (¡Demonio, me va á reconocer!) (Se sube el cuello de la americana y se tapa la boca con el pañuelo.)

NOG. ¿Tiene usted frío?

MEL. La brisa: acaba de levantarse brisa.

NOG. Sí, que se nota: si lo habré perdido...

MEL. Déjelo usted, ya lo veré otro día. Se ha echado la brisa. (Se baja el cuello.)

NOG. ¡Ah! ¡Aquí está!

MEL. (¡Maldición!) (Vuelve á hacer el mismo juego.)

NOG. ¡Ve usted cómo era cierto! ¡Tú, explorador Mondragón! ¡Explorador! ¿Usted cree que con esta cara puede ser explorador?

MEL. Yo creo que no.

NOG. Y esta nariz grosera?

MEL. Caramba, no diga usted que... (Cogiéndose su nariz.)

NOG. Y esta boca estúpida...

MEL (¡Y no poder decir esta boca es mía!)

## ESCENA VI

DICHOS, SEBASTIANA y CARMEN, por la izquierda

CAR. ¿Molestamos?

MEL. No. Guarde usted eso. (Aparte á Noguera.)

SEB. ¿Qué mirabas?

MEL. Nada, un...

NOG. Parte de un retrato.

MEL. (¡Esta me prolonga la cara y me conoce!) Llévese usted á Carmen. (Aparte á Sebastiana.)

SEB. Me parece que este caballero no iba á permitirse...

MEL. (¡Si supiera usted quién es!)

SEB. ¿Quién?

MEL. Por Dios, que no se os escape, pero huir de su lado; es un célebre anarquista que huye de España.

CAR. ¡Cómo! ¿tienes la seguridad?...

MEL. Me lo ha dicho el barbero del barco.

NOG. ¿Qué estarán cuchicheando?

CAR. Haces muy mal en tratarte con semejante hombre.

MEL. ¡Qué quieres, se me acercó! Además, estoy convenciéndole, porque creo que trata de volar el vapor.

SEB. } CAR. } ¡Jesús!

SEB. Debemos avisar al pasaje para que huya de su lado.

CAR. Llevas razón; (A Noguera, haciendo mutis.) caballero, es usté digno de lástima. (Mutis.)

NOG. Muchas gracias, señora.

SEB. Caballero, no es usté digno de lástima. (Mutis.)

NOG. ¿En qué quedamos?

MEL. Déjela usted, la pobre está un poco desequilibrada.

NOG. ¿Loca?

MEL. Le falta muy poco.

NOG. Conque, señor Meléndez, como nos hemos de ver con frecuencia, nada le digo.

MEL. No; quizá no nos veamos: porque yo apenas desembarque, me tengo que internar en la espesura.

NOG. Pues esta es mi mano.

MEL. Ahí va la mía, y hágame usted caso.

NOG. Imposible. (Mutis.)

## ESCENA VII

MELÉNDEZ y SEBASTIANA

MEL. ¡Imposible! Lo que es imposible es que yo salga bien de este lío; y menos mal que se me ocurrió decirle á Anita que me llamaba Mondragón, si llego á poner en la dedicatoria del retrato tu explorador Meléndez, me da un disgusto este corredor.

SEB. (Saliendo.) ¿Se ha marchado?

MEL. Sí.

SEB. Carmen va advirtiendo á todo el mundo..

MEL. ¡Demonio! ¿Y á Carmen quién la mete?...

SEB. Yo.

MEL. (Con tal de que no se averigüe que he sido yo el autor del lío...)

SEB. Bien. A otra cosa. (Con seriedad.)

MEL. (¿Qué será, Dios mío?)

SEB. Al hacer el equipaje, registrando los bolsillos de usted, he encontrado esta carta.

MEL. (Es de Anita.)

SEB. ¿Qué responde á esto?

MEL. Que voy en seguida.

SEB. ¡Eh!

MEL. Que voy en seguida á explicárselo á usted.

¿A que está dirigida á nombre de Mondragón: lista de Correos, Barcelona?

SEB. Es verdad..

MEL. Como que esa carta es para una persona de aquí de Santo Domingo.

SEB. ¿De aquí?...

MEL. Sí; un alto empleado de la plantación... mi... mi gerente. (Trapisondistas como yo habrá muy poquitos.)

SEB. ¿De modo que tu gerente se llama Mondragón?

MEL. ¡Claro! ¿Tiene algo de particular que se llame Mondragón?

SEB. ¿Pero cómo estaba en tu poder?

MEL. Muy sencillo: mi gerente... (Aparte.) ¿Dónde iré á parar? (Alto.) tiene en Valencia unos amores clandestinos, y como pensaba venir este año á Barcelona, encargó que le dirigiesen allí las cartas, se deshizo el viaje, y entonces me suplicó se las recogiese yo.

SEB. ¿Y por qué la has abierto?

MEL. Pues... (¿por qué la habré abierto?) Para rerecoger una libranza del Giro Mutuo de nueve pesetas y setenta y cinco céntimos que venía dentro. (Me ha salido muy redondito.)

SEB. Está bien: toma; pero haces mal en proteger amores de subalternos; y lo que es ese gerente me da mala espina.

MEL. Sí; es un poco ligero de cascos, pero tan fiel y tan activo...

SEB. Sin embargo...

MEL. (Aparte.) ¿A que tengo que echar á Escoriaza á la calle?

## ESCENA VIII

DICHOS, ROVIROSA y PEPETA

ROV. (A Pepeta.) Sí, mujer, sí; lo debe conocer: en América todo el mundo se conoce. Diga usted, señor Meléndez, usted que sabe tan bien Santo Domingo, ¿conoce, usted, por

casualidad, á un rico plantador que le nombran Mondragón?

SEB. ¿Que si le conoce?... Ya lo creo, como que es su gerente.

ROV.
PEP. } (Asombrados.) ¡Gerente!

MEL. (Aparte.) ¡Otra complicación!

ROV. ¿Nada más que gerente?

PEP. Entonces no es tan rico como suponíamos.

ROV. ¡Ah, mare de Deu! ¿A que nos ha engañado el comisionista?

MEL. No se precipite usted. (¡Cómo arreglaría yo esto!) Cierto que es gerente, ¡pero tiene un sueldo que ya, ya!

ROV. Entonces puede que esos veinte mil doscientos duros que se sacaba sea el sueldo.

SEB. ¡¡Veinte mil doscientos duros!!... ¡qué atrocidad!

MEL. (Aparte.) Adiós, ahora le rebaja ésta el sueldo.

SEB. ¡Un gerente cien mil pesetas!

MEL. ¡Es tan fiel!... ¡Tan activo!...

SEB. Aunque sea una ardilla: no es extraño que que mantenga queridas.

ROV. ¿Cómo?... ¿Qué dice usted?

PEP. ¿Lo ves, papá, cómo te has precipitado? ¡Cuando yo decía que era un salvaje! ¡Si tiene queridas yo no quiero casarme con él! (Llorando.)

SEB. Ah, ¿pero es nuestro gerente con quien viene usted á casarse?

ROV. El mismo.

PEP. Vámonos otra vez á Reus.

MEL. (¡Pobre Mondragón!) Tenga usted un poco de calma.

ROV. No te amontones; el señor, que es su principal, le predicará.

SEB. Su papá de usted tiene razón. Yo también me encargo de convertir á ese calavera, y si no se corrige lo echamos, ¿eh?

MEL. Sí. (Lo que he dicho, Escoriaza á la calle.)

## ESCENA IX

DICHOS, NOGUERA, sale extrañado de que todo el pasaje le huya. CORO GENERAL con CARMEN, que forman corrillos y señalan á Noguera

### Música

CORO (Uno.)
¡Jesús quién lo pensara!,
(Otros.)
¡Jesús, quién lo diría!
Parece un hombre honrado.
CAR. Pues es un criminal,
que así, con disimulo,
fingiéndose un viajero
en tierra americana
la ley quiere burlar.

—

CORO ¡Qué atrocidad!

—

(Aparece Noguera.)
CAR. Fijarse bien que tiene
la vista extraviada,
y marcha vacilante
mirando en derredor.
CORO Verdad; no cabe duda,
le acusa la mirada,
y el tipo, y el aspecto
y todo su exterior.

—

NOG. Pues señor, que no lo entiendo
ni comprendo
por qué así
el pasaje de primera,
de segunda
y de tercera
se fija en mí.

—

ROV. (A Meléndez.)
Mire usted á Noguera.
MEL. Déjelo por Dios,
que es un anarquista
terrible y feroz.

—

CAR.
SEB.
PEP.
ROV.
MEL.
(Con miedo cómico.)
Los pelos tiene flácidos,
la frente tiene áspera,
los ojos como un vándalo,
la boca como un sátrapa.
Parece un poco hético,
su aspecto es antipático,
y aunque es algo hipotético,
yo creo que es reumático
y apático.

—

MEL. Yo soy romántico,
yo soy libérrimo,
y siento lástima
de ese misérrimo.
TODOS De facha angélica
y aspecto hepático,
volar toda la América,
lo cual es problemático.

—

CORO El es romántico,
él es libérrimo,
y siente lástima
de ese misérrimo;
de facha angélica
y aspecto hepático,
volar toda la América,
lo cual es problemático.

—

NOG. Esto es causa por lo visto
de que tienen algún plan,
y lo malo es que me miran
y me huyen y se van;
pero yo no lo tolero,

y aunque sea por favor,
les pregunto... (Se dirige al grupo del Coro.)

CORO (Dando un grito.)
¡Ay, caballero!
Solamente le pedimos
que no vuele usted el vapor.

—

NOG. (Al grupo de Meléndez, etc.)
¿Pero qué es lo que sucede?

SEB. No se acerque.

CAR. ¡Quieto ahí!

NOG. Que me maten si comprendo
ese afán de huir de mí.

—

TODOS Los pelos tiene flácidos,
la frente tiene áspera,
la boca como un vándalo,
los ojos como un sátrapa.
Parece un poco hético,
su aspecto dá pavor,
y al verlo tan impávido
me muero de terror.

—

NOG. Pues señor, no sé
lo que pasará,
pero al fin se aclarará.

—

CORO Procurad huir
sin vacilación
de ese tío tan feroz.

—

(Al acabar el número, el Coro hace mutis con los últimos compases.)

**Hablado**

NOG. Repito que es chocante... todo el pasaje me mira de un modo tan raro... No tengo duda, huyen de mí.

MEL. (Bajo á los otros.) Vámonos con disimulo. (Intentan irse.)

NOG. ¿Estos también?... No hay paciencia que lo aguante. Señores, dispensen ustedes que los detenga.

SEB. (Con severidad.) A otros es á los que debieran detener.

MEL. (Bajo á Noguera.) No le lleve usté la contraria, que le va á dar el ataque.

NOG. (A Rovirosa, que le mira detenidamente.) ¿Se va usted á aprender mi cara de memoria?

ROV. Sí señor.

NOG. ¿Para qué?

ROV. (Con ingenuidad.) Hombre, porque como nos han dicho que es usted un anarquista...

NOG. (Indignado.) ¿Que yo soy?... (Sacudiéndolo por la solapa.) Inmediatamente el nombre del que lo ha dicho.

PEP. (Defendiendo á su padre.) Nos lo ha dicho este caballero. (Por Meléndez.)

NOG. (Estupefacto.) ¿Usted?

SEB. ¡Sí, señor, él que se lo ha oído decir al peluquero!

NOG. ¡Ah, lo mato!

MEL. (Deteniéndole.) Aguarde usted, que aquí ha debido haber una mala interpretación.

NOG. ¡Miserable!

MEL. Tranquilícese usted.

NOG. ¡Imposible!

MEL. Hágalo por mí, se lo suplico.

NOG. Esa súplica me desarma: no puedo negarle nada cuando por usted espero dar con Mondragón.

ROV. ¿También usted viene á buscar á Mondragón?

NOG. ¿Le conoce usted?

ROV. Voy á conocerle muy pronto porque es el gerente del señor.

NOG. ¿Gerente de usted?... ¿Y por qué no me lo ha dicho antes?

MEL. Porque no lo sabía... quiero decir porque no sabía que fuese él... ¡Habrá tantos Mondragones en el mundo!

NOG. ¡Ay, si es el que yo busco... si es el amante de mi mujer!...

PEP. ¡Papá, otra querida! (Aterrada.)
ROV. ¡Ya, ya!... ¡Caramba con mi yerno!
NOG. ¿Me ayudará usted á castigarle?
SEB. Y si él no le ayuda cuente usted conmigo: ese hombre sin pudor merece cualquier cosa.
MEL. (Aparte.) Escoriaza á *patás* á la calle.
CAR. Eh, ¿qué es esto, paramos?
ROV. Ah, sí, mire, ya viene la visita de sanidad.

## ESCENA FINAL

DICHOS, CAPITÁN, BOTEROS 1.° y 2.°, MARINEROS, etc.

### Música

(Esta escena continúa con música después de la parte que cantan los pasajeros, y los directores procurarán que se oiga bien.)

PASAJEROS ¡Por fin llegó la hora!
Tierra arribamos,
la larga travesía
ya terminó.
Si los vientos con furia
la mar rizaron
al abrigo del puerto
cesó el temor.

(Continúa recitado dentro de la música todo lo restante de la escena hasta el final del acto.)

CAP. Señores, los pasajeros que no quieran aguardar á que la marea nos permita entrar en el puerto, pueden desembarcar en lanchas.
MEL. Lo que es yo no tengo prisa.
SEB. Yo sí. (A un Botero.) Todo esto y las maletas que hay en nuestro camarote á la plantación «La Mulata». ¿La conoce usted?
BOT. 1.° Sí, mi ama.
NOG. (A otro Botero.) Oye, coge mi equipaje y á «La Mulata».
MEL. También éste.
ROV. Oiga, coja lo nuestro y arree detrás de ese mozo á «La Mulata».

BOT. 2.º Descuide.

MEL. ¡Dios mío, qué va á decir Escoriaza cuando vea esta invasión! (Cae sentado en una silla. Voces, pito de la máquina, etc. Cruzan la escena los tres mozos con los bultos, seguidos de los personajes. Meléndez, á invitación de Sebastiana vase tras ellos.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

# ACTO SEGUNDO

La escena representa la planta baja de una rica plantación. Los dos primeros términos cubiertos por un toldo; á la derecha del público, dos puertas laterales que figuran dar acceso á las habitaciones; á la izquierda, en primer término, otra puerta que se supone conduce á dependencias de la finca Desde la segunda caja, empieza la plantación que sigue hasta el foro. Palmeras, sembrados, etc., á gusto del Director. Adornando las cuatro puertas de la planta baja y sobre cuatro columnitas cuatro jaulas, con un sinsonte, un papagayo, un loro y una cotorra. Otras jaulas con pájaros, en distintos puntos de la escena. Una piel de tigre colgada en el muro.—Pleno día. Mucha luz.

## ESCENA PRIMERA

CORO DE NEGROS, NEGRAS y NEGRITOS trabajando. LUPITA en el centro cosiendo unos sacos con varias negras

**Música**

TODOS

El sol quiebra sus rayos
sobre el potrero
y quema platanares
y cocoteros,
sin miedo tu trabajo
sigue afanoso
que pronto { *nègo* mío / *nega* mía }
vendrá el reposo.

—

Y luego al son del güiro,
allá en el platanar,
bailando, nuestras penas
podremos olvidar.

—

Sigamos trabajando sin vacilación
al son quejoso y triste de nuestra canción.
Y así que el sol se ponga
iré al potrero
para decirte ne } go / ga
cuánto te quiero.
Sigamos trabajando sin vacilación
al son quejoso y triste de nuestra canción.

—

LUP. (Todos los negros y negras al oirla cantar van dejando el trabajo y la rodean.)
Allá en el p'atanar
un *nego* cimarrón
juróme su querer
y luego me olvidó.
Ay, amor mío,
ven al bohío
que la *neguita*
muere loca de pasión
por tu traición.

—

CORO Qué pena da escuchar
la triste queja de una mujer,
y qué malitos son
los males del querer.

—

LUP. ¡Ay! malaya el *neguito*
que me juró su amor,
y así su juramento
el viento se llevó.

—

TODOS Sigamos trabajando sin vacilación
al son quejoso y triste de nuestra canción.
(Al acabar, hacen mutis.)

## ESCENA II

MONDRAGÓN sale con una carabina que cuelga del testero de la puerta de la izquierda. FILOMENO figura que arregla las sillas

**Hablado**

MON. ¿Preparaste los sacos de café?... (Filomeno no contesta) ¿Has preguntado si se sabe cuándo llega el vapor *Urumea?* (Filomeno no contesta.) Estará para arribar de un momento á otro, ¿verdad?

FIL. Sepa el amito que al vapor *Urumea* lo esperaban hace dos días y creen que su retraso debe obedecer á que esté capeando algún temporal.

MON. Con tal de que llegue...

FIL. ¿Tantas ganas tiene mi amo de ver á la niña blanca?

MON. Muchas: figúrate veinte años recorriendo las selvas vírgenes lejos de España, siempre entre negros, ¡ah! y que á juzgar por el retrato que de ella me hace en su última carta Queipo el comisionista, debe ser una preciosidad.

FIL. Un copito de nieve.

MON. Además, aquí hace falta una mujer que ordene la casa, que cuide de lo que yo no puedo cuidarme. Cuando compré la plantación á Escoriaza... la encontré...

FIL. Sí, bastante mal.

MON. Y á pesar de que yo...

FIL. No se descuida, no.

MON. Ello es.

FIL. Que hace falta la amita.

MON. Pero, hombre, déjame hablar á mí también.

FIL. Está bien. (Aparte.) Era *mejó* amo Escoriaza...

MON. Conque voy á ver si está avisado el notario y en seguida vuelvo. Tú procura adquirir noticias del *Urumea* y, sobre todo, ya sabes

que quiero festejar su llegada con una fiesta de negros. (Mutis foro derecha.) (1)

FIL. Descuide, mi amo. Vaya con Dios. Yo me enteraré. ¡Qué ganas tengo de que venga amita blanca para tener con quien hablar! (Mutis foro izquierda.)

## ESCENA III

MELENDEZ. Sale foro derecha

(Entra sudando.) Ea, ya estoy en mi casa como quien dice: ¡La Mulata! la plantación que compré hace no sé cuantos años. (Riendo.) No, y la verdad es que como cara no me costó muy cara. Ahora, ahora es cuando puede que me cueste cara. Afortunadamente mi mujer y mi suegra descansan en la fonda del «Búfalo blanco», y antes de ir por ellas tengo tiempo de hablar con Escoriaza. ¡Demonio de chico! ¡esto vale un dineral! ¡qué vegetación! ¡qué esplendidez! ¡y qué calor! ¡Uf! Hace más calor aquí que en el camino. ¡Se van á asfixiar! Pues en cuanto empiecen los mosquitos á hacer de las suyas... Yo voy á pasar una noche terrible, pero anda que mi suegra... ¡Y aquí por lo visto no hay quien me dé un vaso de agua! Claro, como le dije á Escoriaza que no nos hicieran caso los criados... ¡Eh! Una voz de mujer. ¿Sí? Debe ser una negra. (Entra Sebastiana.) ¡Mi suegra! ¡Esta es la más negra!

## ESCENA IV

DICHOS, SEBASTIANA y CARMEN. Foro derecha

SEB. ¡Ah, estás aquí!

CAR. Te has marchado del hotel sin decirnos una palabra.

---

(1) Siempre del actor.

MEL. Como estábais tan cansadas anoche, no he querido despertaros. ¿Pero por qué no habéis aguardado á que fuera por vosotras?

SEB. Porque estábamos rabiando por conocer la finca; así es que hemos tomado una volanta y nos ha traido.

CAR. Los equipajes vendrán luego en un carro. ¿Pero esto es una isla desierta?

SEB. Ya, ya. No ha salido nadie á recibirnos. Yo creí que te habías adelantado para prepararnos una manifestación de negros.

MEL. No, siempre que llego me presento sin avisar para sorprender los trabajos.

SEB. Bien hecho; pero no rezará con la servidumbre.

MEL. Es que la servidumbre... aquí en los países tropicales no es como en nuestra tierra... aquí duermen la siesta y deben estar durmiendo.

CAR. La siesta á las ocho de la mañana.

MEL. ¿Cómo las ocho?... Las ocho... Y son ya lo menos... (Mira el reloj suyo.) las ocho y cuarto.

SEB. Ya les daré yo descanso.

CAR. ¡Qué hermoso es esto!

MEL. ¿Verdad que tuve gusto?

SEB. Bueno, llévanos á nuestras habitaciones (Entreabre la puerta primera izquierda.) ¡Qué gabinete tan bonito!

CAR. (Idem segundo izquierda.) ¡Pues y este despacho!

MEL. ¡Pobre Escoriaza! Lo van á revolver todo.

CAR. (Saliendo con un retrato.) Oye, oye, ¿de quién es este retrato? niña Pancha.

MEL. ¿Niña Pancha?... ¿Niña?... ¡Ah, sí, de una muchachita... de una niña pancha: muy mona, ya lo verás.

CAR. ¿Pero cómo muchachita si aquí aparenta lo menos tener cincuenta años? ¡Menudas arrugas!

MEL. (¡María Santísima!) Es el calor; como aquí tiene tanta fuerza el calor, arruga los retratos; pero es una niña: ya ves cuando ella misma lo dice...

SEB. Oye, oye, ¿qué es esto? Tuya, Remedios. (Con otro retrato.)

MEL. (¡Vaya otro retratito!) ¿Remedios?... ¿Dice Remedios?

SEB. Sí.

MEL. ¡Ah! es una esclava, una negra; muy trabajadora que es la pobre.

SEB. ¡¡Negra!! Pues aquí está bien blanca.

MEL. (¡Pero que no acierto ni por casualidad!) El calor; es el calor, aquí tiene el calor tanta fuerza, que se come el colorido... en seguida.

CAR. No, como calor sí que lo hace.

SEB. Yo estoy sudando.

MEL. (¡El que suda tinta soy yo!)

SEB. Bueno, pues yo quizás me decida por este gabinete: es muy mono: ahora que los muebles los voy á cambiar todos, ¿no te parece?

MEL. Sí, muy bien; ahora te enviaré un criado. (Yo voy á buscar á Escoriaza, es necesario.) (Mutis.)

## ESCENA V

SEBASTIANA, CARMEN Y FILOMENO

SEB. ¿Sabes que la finca es de primer orden?

CAR. Ya lo creo. Ah, mira, mamá, ahí viene un negro.

SEB. Debe ser un criado. Este nos informará...

FIL. (Al verlas.) ¡Dos blancas!

SEB. Acércate. Somos de la familia del amo. Hemos venido en el *Urumea* ayer...

FIL. ¡Ah! ¿Son amita y la mamá?

SEB. Justo.

FIL. Con razón decía el amo que era usted un pedacito de gloria.

CAR. ¡Ah! pero el amo...

SEB. Sí, hija, sí; en eso has tenido suerte; tu marido será todo lo que quieras, pero no piensa más que en tí. ¿Y qué tal, el negocio marcha bien?

FIL. Mucho que bien. El arroz, el café y el azúcar están tirados.

CAR. ¿Tirados?

SEB. Esta plantación debe valer mucho.

FIL. Más de cien mil pesos.

SEB. }
CAR. } ¡Cien mil pesos!...

CAR. ¿Qué te parece? Y se pasa la vida regañando porque se gasta mucho.

SEB. En adelante, yo te respondo que no será así. (A Filomeno.) ¿Y con las negras, cómo se porta tu amo?

FIL. Muy bien. No le gustan.

SEB. Lo que te he dicho: fiel como un perro.

FIL. (Señalando la piel de tigré.) Las señoras no se han fijado en la piel del jaguar.

CAR. ¡Ah, es verdad!

FIL. Tiene un balazo en mitad de la frente: se lo dió el amo á veinte metros.

SEB. ¡Madre política de un héroe y millonario, qué suerte!

CAR. ¿Qué pájaro es este?

FIL. Un sinsonte: este pájaro hace un siseo como el que llama á otro. (Imitando.) ¡Pst! ¡Pst!

SEB. ¡Qué loro más hermoso!

FIL. Por mil pesos no lo daría el amo. Habla mejor que una persona, y... aquella cotorra también es una alhaja.

CAR. ¿Qué tienen estos saquitos?

FIL. Muestras de café.

SEB. Qué tamaño más á propósito para regalar á todos nuestros amigos de Barcelona: mira, separa todos estos, y mete esa piel en ese cuarto. Me servirá de alfombrilla.

FIL. Está bien. (Aparte.) Qué marimandona es la blanca vieja. (Mutis primera puerta izquierda.)

## ESCENA VI

DICHOS y MELENDEZ

MEL. (Saliendo.) ¿Pero dónde se meterá ese Escoriaza?... ¡Ah! estais todavía aquí.

SEB. (Con sequedad.) Aquí estamos.

MEL. ¿Eh?... (Aparte.) ¿Sabrá algo ya?

SEB. Estamos convenciéndonos de que un hom-

bre que gana al año una porción de miles de duros, no debe escatimar en su casa nada.

CAR. Justo.

MEL. (Inocentemente.) Opino lo mismo: si yo ganase...

SEB. Ah, ¿pero es que no los gana usted?... Un hombre que no sabe qué hacer con el azúcar, con el café, con el arroz.

CAR. Acaso tenga algún lío.

MEL. (¡Caracoles!) No, mujercita mía, no. Yo te juro...

CAR. Ah, si algún día me enterase, te advierto que te pagaba con la misma moneda.

MEL. (¡Dios mío qué horrible porvenir!)

SEB. Ah, se me olvidaba decirte que he invitado á Noguera.

MEL. ¡A Noguera! (Asustado.)

SEB. Sí; le he convidado á pasar unos días; después de lo ocurrido le debíamos una compensación.

MEL. (Aparte.) Es lo que me faltaba: convidados.

## ESCENA VII

DICHOS y FILOMENO

FIL. (Saliendo.) Señora, el jaguar está al pie de la cama.

MEL. (Asustado.) ¿Un jaguar?...

CAR. Sí. Una víctima tuya.

MEL. ¿Mía?

SEB. Hemos reconocido tu tiro favorito.

CAR. Entre ceja y ceja.

SEB. Anda, Carmen. Vamos á visitar la casa... (Mutis por la izquierda las dos.)

## ESCENA VIII

FILOMENO y MELÉNDEZ

MEL. Así no puedo seguir. Este criado me dará razón de Escoriaza. Oye, chiquito.

FIL. ¿Qué manda el señor? (Aparte.) Este debe ser el padre de la novia.

MEL. Oye, ¿tú sabes dónde está el señor Escoriaza?

FIL. Vaya. Sí, señor.

MEL. (Aparte.) ¡Gracias á Dios! (Con exagerada alegría. Alto.) ¿Podría verle en seguida?

FIL. ¿En seguida? En seguida que llegue usté á Australia, sí, señó.

MEL. (Aterrado.) ¿Cómo? ¿Que... que está en Aus...?

FIL. ...tralia. Amo Escoriaza vendió esto hace seis meses y se largó.

MEL. (Cayendo en una silla.—Aparte.) ¡Ay! ¡ay!... ¡qué situación! Este entrecejo (Indicando el suyo.) está pidiendo á veces mi tiro favorito. (Alto.) ¿Luego la finca no es de él?

FIL. No, señó. Es del hombre más valiente de por acá. De un golpe de machete, corta á una persona por la cintura.

MEL. Me veo en busto. ¿Y cómo se llama?

FIL. Amo Mondragón.

MEL. Mondragón. ¡Estoy perdido!

FIL. (Aparte.) Voy a avisarle. (Mutis.)

MEL. ¡Qué va á decir ese tío tan valiente cuando nos vea! Y cuando vea que encima nos traemos convidados. Ahora sí que no hay solución, es decir, sí, me queda una solución; una solución de ácido prúsico, bien cargada, y adiós vida.

## ESCENA IX

DICHOS, FILOMENO y MONDRAGÓN, foro derecha.

FIL. Ahí le tiene.

MEL. Adiós... ya está aquí mi hombre.

MON. ¿Conque por fin han llegado?

MEL. ¡Caballero!...

MON. ¡Qué caballero, ni qué narices! A mis brazos y bien venido.

MEL. ¡Eh! (Asustado.)

MON. ¿Conque por fin llegó el *Urumea* sin que ocurriese nada?

MEL. ¡Nada! (Asombrado.)

MON. Si viera usted qué dias he pasado: llegaba al puerto por ver si se sabían noticias, y nada.

MEL. Nada... (Nada, que no lo entiendo.)

MON. ¿Y qué hay?

MEL. (Distraído.) Nada. ¡Digo, usted dirá!

MON. Le juro á usted que cuando se espera con la impaciencia que yo esperaba, vamos, es preferible que se hubieran ustedes ahogado, con tal de saberlo de una vez.

MEL. (Aparte.) ¡Qué bruto! (Alto.) ¿De modo que usted nos esperaba?

MON. Naturalmente. Queipo, el comisionista, me cableó.

MEL. ¿Le cableó? (Pero, ¿por quién me tomará?

MON. Vaya con el señor Rovirosa.

MEL. (Aparte.) ¡Rovirosa! Acabáramos.

MON. Es usted el vivo retrato del suegro que yo había soñado.

MEL. ¿Su suegro? (A que va acabar por ser mía la finca.)

MON. Queipo me ha escrito que la muchacha es una divinidad; estoy deseando estrecharla entre mis brazos.

MEL. (Aparte.) ¡¡Cuerno, esto es más grave!!

FIL. (Saliendo.) Mi amo, los seis sacos quedaron empaquetados para mandarlos lueguito.

MON. ¿Cómo? ¿Quién ha dispuesto de los sacos? (Mirando á Meléndez.)

MEL. (Aterrado.) Le diré á usted. Yo soy incapaz de disponer del saco más insignificante, han sido las señoras que quizá, ligeramente, se han permitido...

MON. Basta; si es así, no digo nada, ¡todo lo que hay aquí va á ser suyo! (Reflexionando.) Pero, ¿cómo es que habla usted de las señoras? ¿Vienen más de una?

MEL. Dos.

MON. ¿La madre y la hija?

MEL. Naturalmente.

MON. Yo le creía á usted viudo.

MEL. Todavía no.

MON. ¿Y dónde se meten?

MEL. Se meten en todo... vamos quiero decir que

están viendo la casa; además... (Aparte.) ¡Yo lo desengaño ahora mismo!

MON. ¿Qué, hay dificultades?

MEL. No, dificultades, no; quería decirle á usted, que ella, la chica... Vamos, no... no... (¡No me atrevo!)

MON. ¿Qué es eso? ¿se va á volver atrás después de haber venido? (Con energía.)

MEL. (Temblando.) ¡Nunca!

MON. (Más fuerte.) ¿Hay obstáculos?

MEL. Nunca.

MON. Le advierto á usted que para mí no los hay; los suprimo.

MEL. (Aparte.) Me considero suprimido.

MON. Y ahora á otra cosa. Querido suegro, la obligación es antes que la devoción. En San Juan de la Manguana tengo un asunto que puede valerme veinte mil pesos... y mañana al amanecer salgo para allá.

MEL. (Contento.) ¿Mañana... y al amanecer?... Cá, hombre, es mucho mejor que se vaya usted esta tarde: así se evita el madrugón y además vuelve antes.

MON. No son más que ocho días.

MEL. ¡Ocho! (Aparte.) En ocho días me llevo á esas aunque sea á nado.

MON. Usted me dispensará.

MEL. No faltaba más. Ya lo creo.

MON. Pero antes de marcharme, necesito que quedemos de acuerdo y arreglada la boda.

MEL. Deje usted; cuando vuelva.

MON. (Enérgico.) Antes.

MEL. Después.

MON. Antes.

MEL. Después.

MON. Basta: no me gusta que me lleven la contraria; cuando alguno me lleva la contraria...

MEL. (Aparte.) Le suprime.

MON. Firmaremos las capitulaciones.

MEL. Bueno, las firmaremos. (Después de todo, eso nada importa y gano tiempo.)

MON. Y ahora, Filomeno, avisa á todos que ha llegado la que va á ser el ama.

FIL. En seguidita. (Mutis.)

MEL. ¿Pero es que...?
MON. No es mas que lo natural. Una fiesta de negros á modo de bienvenida.

## ESCENA X

DICHOS, SEBASTIANA, CARMEN, LUPITA y CORO GENERAL de negros, negras y negritos

**Música**

Vení, neguitos,
llegá, neguitas,
que el amo dice
que está la amita.
La amita nueva
que es un primor,
con el cutis más blanco que nieve
y el pelito más rubio que el sol.

—

(Van saliendo por grupos muy alegres.)
Que pronto dansen
al son del güiro
la guajirita
con su guajiro.
(Llamando á los otros)
Dejá la sombra
que da el jocú,
y con tiple y vihuela allegarse
más ligeros que el mismo sijú.
(Salen el resto.) Ajú.
(Salen Sebastiana y Carmen.)
SEB. ¿Qué pasa?
CAR. ¿Qué es esto?
MON. (Viendo á Carmen.)
¡Oh, qué guapa es!
Esto es una fiesta
que os voy á ofrecer.
CAR. }
SEB. } (A Meléndez.) ¿Qué clase de fiesta?...
MEL. Por lo que se ve,

pues una merienda
de negros tal vez.

—

CORO (Rodeando á Carmen.)
Qué amita más linda,
qué amita tan mona,
parece un capullo
más que *una persona.*
MON. A ver si empezamos
sin más dilación,
ahora la güajira
y luego el danzón.

—

CORO Ajú.
FIL. (A Lupita.) Prepárate, niña.
LUP. Prepárate tú.
FIL. Vamos á sentarnos
y sea lo que sea.
LUP (Con cariño.) ¡Feo!
FIL. ¡Fea!

(Mondragón queda en la extrema derecha del actor. Meléndez, Carmen y Sebastiana en la izquierda. Coro en el fondo: los negritos niños se sientan delante del coro. Lupita y Filomeno, después de bailar los compases, quedan uno en frente de otro y se dirigen las coplas intencionadamente.)

FIL. Enlasarme á tí quisiera
como se enlasa el sauco
á las ramas del bejuco,
vida mía,
ó al tronco de la palmera.

—

(Bailan.)
LUP. Pa enlasar esta sintura
de ese modo que deseas,
es menester que te veas,
vida mía,
de rodillas ante el cura.

—

FIL. Y si nego no quisiera
ni pudiera ir al altar.

LUP. Pues te enlazas al sauco
ó al bejuco que á niña
¡ca!

—

LUP.
FIL. } (Uniéndose.)
No me mires de ese modo
si estamos en el guateque,
porque miras tú de un modo,
vida mía,
que me vas á hacer que peque.

—

CORO No me mires de ese modo,
etc., etc.

—

FIL.
LUP. } Venga el *dansón* ahora,
duro á los güiros,
que salga la guajira
con su guajiro.
Vamos á *vé*:
á la una,
á las dos,
á las tres.

(Del grupo del Coro se destaca un negro y una negra, que deben ser una pareja de baile; pero de no habérla se suplica que se le ensaye bien á los que lo bailen. Bailan los compases marcados.)

—

FIL.
LUP. } Procurá escogé posturita
que sea bonita
*mú* suerta
y el cuerpo así.

(Rompen nuevamente á bailar, y mientras, Lupita en la izquierda y Filomeno en la derecha, para que se vea el baile, cantan.)

—

LUP.
FIL. } Anda, dame tú
del plátano *dulsón*,
que me gusta si es

de mi *nego simarrón.*
Plátano mansango
no me des mi vida
dame cuculonga
ó mango.

—

CORO Anda dame tú, etc., etc.

—

LUP.
FIL. { *Neguita* le dijo á *neguito*
vé y tráeme ligero un coquito,
y *nego* le dijo: «tampoco»,
me da mucho miedo el coco.

—

CORO *Neguita* le dijo á *neguito*
que coco de *agüita* le dé.
Y el neguito, que es un guachindango
y un cobarde y un zanguango,
tanto miedo del coco le entró
que á la *nega* sin coco dejó.

—

LUP.
FIL. { Una vieja bailaba el fandango
con su guachindango.
Y decía la muy coquetona,
yo soy güachindona.
¡Ay, moler! y qué vieja pendeja
si mi alma la escucha la da
dos patadas en el guachindango
que no baila más.

—

TODOS Una vieja bailaba el fandango,
etc., etc.

—

LUP.
FIL. { Bailá, *neguitos*
así el dansón.

—

(Ahora marcan todos rítmicamente el dansón.)

TODOS Baila ne { go / ga
de mi corazón.

—

(Los últimos compases procuren los Directores que bailen todo el mundo y que acaben en la orquesta al grito de)

¡Ajú!

**Hablado**

FIL. ¡Que viva el amita!

TODOS ¡Vivaaa! (1) (Mutis.)

SEB. Caballero, algo quejoso estábamos de su conducta, sin embargo, esta fiesta nos reconcilia, aunque no del todo.

MEL. (Aparte.) Menos mal.

SEB. (A Carmen.) ¿Has notado? Entre estos negros, hay algunos verdaderamente esculturales.

MON. (A Meléndez, por Carmen.) Divina: no me ha engañado Queipo.

MEL. (Con amargura.) ¿Le gusta á usted, verdad?

MON. Como que lo que deben ustedes hacer es dejarme sólo con ella.

MEL. (Aparte.) ¡En seguidita!

SEB. Señor Mondragón: usted supondrá que al venir desde tan lejos, aparte del interés en que se reponga mi hija, tengo intención de enterarme de todo al dedillo.

MON. Es natural, en la situación que nos encontramos los unos y los otros.

SEB. Sobre todo, los unos que queremos ocuparnos detenidamente de la plantación y examinar las cuentas escrupulosamente.

MON. (Incomodado.) Esa es una intervención que no me favorece.

CAR. (Conciliadora.) Esto no quiere decir que usted nos engañe.

MON. (A Meléndez.) Es adorable; oyéndola hablar no puedo incomodarme.

MEL. Le advierto á usted que á mí no me pasa lo mismo.

---

(1) Mondragón—Meléndez—Sebastiana—Carmen.

SEB. Hemos visitado la casa con detenimiento y hace falta que tome otro aspecto.

MON. Señora, tenga usted en cuenta que hasta ahora es la casa de un soltero.

SEB. Lleva usted razón.

MON. En cambio, en lo que se refiere al trabajo, verá una actividad prodigiosa. ¡Ah, si viera usted á mis negros!...

SEB. Nuestros negros, querrá usted decir.

MON. Bien, nuestros negros; (Con galantería) porque muy pronto serán tan de ustedes como míos.

SEB. (Aparte á Meléndez.) ¿Cómo suyos? ¿Piensa comprarte parte de la plantación?

MEL. Parte de los negros.

CAR. (Aparte.) ¡Cómo me mira!

## ESCENA XI

DICHOS y NOGUERA, foro derecha

NOG. (Por el foro y con una maleta.) ¡Muy buenos días, señores!

SEB. Amigo Noguera.

MEL. (Aparte.) Vaya, éste concluye de arreglarlo.

MON. (Bajo á Meléndez.) ¿Quién es éste?...

MEL. Un amigo de la infancia que hemos conocido en el vapor. (Á Sebastiana.) ¿Supongo que no irá usted á decirle que éste es Mondragón, el amante de su mujer?

SEB. Me callaré para evitar escándalos.

CAR. (Á Noguera.) Usted no sabe lo que le agradecemos que haya aceptado nuestra invitación.

NOG. A mí es á quien corresponde dar á ustedes un millón de gracias.

MON. ¿De modo que también han convidado ustedes?...

SEB. (Con ironía.) Sí, señor; ¿era necesario pedirle á usted permiso?

MON. Permiso no, pero...

NOG. Siento que mi presencia contraríe al señor.

(A Sebastiana.) ¿Quién es éste tío tan antipático?...

SEB. Un subalterno de la plantación.

MON. Las habitaciones no están en condiciones, y...

SEB. En el principal hay una que da al jardín.

MON. Es la mía.

NOG. Entonces de ningún modo.

SEB. Sí, hombre, sí. ¿Qué más da?... (A Mondragón.) Y siento recordarle á usted que cada uno debe ocupar el lugar que le corresponde.

MON. Precisamente por eso...

SEB. Basta.

NOG. (Aparte.) Y ahora que caigo. (A Mondragón.) Caballero, ¿es usted el gerente?

MON. No, señor.

SEB. (A Meléndez.) ¡Qué nariz! Ha olfateado al marido y se niega.

MEL. Vaya un pez, ¿eh?

SEB. Vamos, señor Noguera.

NOG. A sus órdenes. (Mutis.)

## ESCENA XII

MONDRAGÓN y MELÉNDEZ. Después FILOMENO

MON. (Paseando agitado.) Esto no puede ser, no puede ser y no será.

MEL. Calma.

MON. Amigo, yo siento mucho decírselo, pero tiene usted una mujer insoportable.

MEL. (Aparte.) ¡Ojalá!

MON. ¡Qué carácter! ¡Qué modales!

MEL. Cuando usted sepa que la pobre está algo tocada... Pregúntele usted, pregúntele usted á ese Noguera la que le armó en el barco.

MON. ¿Pero cómo? ¿Está loca?

MEL. No diré tanto, pero desde hace dos años, á consecuencia de una afección al hígado, estuvo si se va ó si se queda y se quedó.

MON. Siendo así, más que indignarse hay que compadecerla.

FIL. (Saliendo.) ¡Señor, ahí están los potros!

MON. Voy allá. ¡Qué lastima! Y el caso es que la chica me ha chiflado por completo. Lo que es como pueda me caso hoy mismo y me la llevo mañana á... San Juan. ¿Usted estará deseándolo, verdad?

MEL. ¡Mucho!

MON. Pues como pueda le voy á dar á usted gusto. (Mutis Mondragón y Filomeno.)

MEL. Sí, hombre, sí, deme usted... (Viendo que se ha marchado.) Deme usted un tiro que acabe de una vez. ¡Ay, Anita, Anita, por qué en vez de un cazador de fieras no te dió por un cafetero serio, tranquilo y de los que abusan menos de la achicoria! ¡Ay, ya no puedo más!... ¡Mi suegra insultando á ese bárbaro; ese bárbaro enamorado de mi mujer; ese otro bárbaro buscando al amante de la suya! A ver si esto no es una barbaridad. (Se sienta.) ¡Y pensar que no sé cuando podré descansar tranquilo! (Intenta cerrar los ojos.)

## Música

MELÉNDEZ y CORO DE NEGRITOS. Al irse durmiendo Meléndez, que lo hará en una silla que durante el monólogo arrastrará al centro de la escena, van saliendo, por grupos, los chicos, llamándose unos á otros. Adelantan, y cuando lo indica la música, Meléndez se desperaza y los chicos huyen y vuelven á salir

CHICOS (Con marcado acento negrito.)

Vamo á vé
si se durmió.

(Se acercan.)

Está como un tronquito
el buen señó.
¡Por Dios, no rechistá!
¡Chis!
no vaya á despertá.

—

(Meléndez, cuando lo indica la música, ronca soplando exageradamente.)

—

Sopla de tal modo que produce espanto.
(Vuelve á soplar.)
Algo se le quema cuando sopla tanto.

—

Tiene en la carita pinta de guasón
y usa un bigotito
muy retebonito
de esos que *paresen*
un *tirabusón.*
(Se adelantan á la batería y le cantan al público.)
Ganas me dan
de registrarlo á vé
si tiene alguna cosa güena de comé.

—

(Suben, miran á todos lados y se dirigen á él.)
¡Ahorita!
(Empiezan á registrarlo y Meléndez, soñando, grita:)
¡Mondragón!
(Los negritos huyen, cómicamente.—Procúrese poner este número bien, que es de resultado seguro.)

## ESCENA XIII

DICHO, ROVIROSA y PEPETA, foro derecha (1)

**Hablado**

MEL. ¡Qué sueño más negro he tenido!
ROV. Sí, noya, sí, fíjate; toda esta parte de la izquierda es de Reus.
MEL. Rovirosa y Compañía. ¡Qué terrible despertar!
ROV. (Muy alto.) Hola, señor Meléndez.
MEL. (Asustado.) ¡Chist!... ¡No me llame usted Meléndez, por favor!
ROV. Ascolte, ¿y cómo le voy á llamar?
MEL. (Aparte.) ¿Y cómo le digo que me llame Rovirosa?... (Alto.) Pues... llámeme usted de tú ¡qué demonio!

(1) Siempre del actor.

ROV. Ah, mire, por mí, desde ahora tú por tú ¿verdad?

MEL. Sí, por tú. . (Por tu culpa me van á suprimir.)

PEP. Papá, no te olvides á lo que hemos venido.

ROV. Ah, sí, tú dirás, ¿pero cómo vosotros por aquí?

MEL. No; me he supuesto que habeis venido para irse en seguida.

ROV. ¡Cá! (Con satisfacción.) Nos hemos empapirulado á buscar á mi yerno.

MEL. (¡Demonio!) No está.

ROV. ¿Ha salido?

MEL. Sí.

PEP. ¿Y cuándo volverá?

MEL. El año que viene, porque está en Australia.

ROV. En Aus...

MEL. ...tralia.

ROV. Qué te parece, ¿le esperamos?

PEP. ¿Un año, papá?

MEL. Hombre, yo si fuese cuestión de un cuarto de hora, te aconsejaría que lo esperases, pero un año...

ROV. ¡Sí que es fatalitat!

## ESCENA XIV

DICHOS y MONDRAGÓN por la izquierda

MON. (Saliendo.) ¡Más gente! ¿Quiénes son ustedes?

ROV. Me hase gracia. ¿Y ustet quién es?

MEL. (Bajo á Mondragón.) Yo le diré á usté... son parientes.. parientes pobres...

MON. ¿Pero se han traído ustedes media España?

MEL. No hemos querido dejarlos, porque se trata de nuestra única familia; aquí le buscaremos colocación: son muy útiles, la chica es maestra normal y primer premio en bordados, y él (¡Dios mío, qué le haré á él!) él conoce seis ó siete lenguas y es un gran matemático.

MON. ¿De manera, que para llevar la contabilidad?...

MEL. ¡Oh! eleva el cubo con una facilidad asombrosa.

ROV. ¿Qué estarán hablando?

MON. (Fijándose en Pepeta.) Y la chica no es fea. ¿Y dice usted que es maestra?

MEL. Normal.

MON. Es superior.

MEL. No, normal nada más.

MON. Pues nada, decidido. Ustedes se quedan aquí; la niña dará clase á las negras, á ver si aprenden á leer, y usted al escritorio.

ROV. Oiga usted...

MON. Silencio. (Ya estoy harto de que todo el mundo mande menos yo.) Ustedes harán lo que he dicho, porque por algo soy Mondragón...

ROV. / PEP. } ¡Mondragón!

ROV. ¿Ustet es Mondragón?

MON. Sí señor.

ROV. Hombre, deme usted un abrazo. ¿Cuándo ha venido ustet?

MON. Cuando me ha dado la gana. (Tendría gracia que tuviera que darle cuenta á unos parientes lejanos.) Conque luego le acompañaré á usted al escritorio y le daré los libros.

ROV. ¿Para qué?

MON. Para que los lleve.

ROV. ¿A dónde?

MON. Las entradas y salidas. Y la niña desde mañana á enseñar á las negras.

PEP. ¿Eh?

MON. (Llamando.) ¡Filomeno!

ROV. Pero, ¿mi hija?...

MON. Silencio. (A Filomeno.) Lleva á estos al almacén, y que les pongan allí dos petates.

PEP. ¿Al almacén?

MON. Y gracias.

ROV. Vaya una manera de recibirnos.

PEP. (Ya te decía yo que debía ser un salvaje.)

ROV. Que lo es. (Mutis foro izquierda.)

## ESCENA XV

MELÉNDEZ, MONDRAGÓN y CARMEN

MON. (A Meléndez.) Usted comprenderá que...

MEL. No, si ha hecho usted bien. Y lo mejor era que sin volverlos á ver los echase usted con Filomeno mismo, á palos ó como fuera.

MON. Si no fueran parientes de usted.

MEL. Le advierto á usted que es un parentesco muy lejano. Un tío de ellos era primo tercero de un primo quinto del hermano mayor de la cuñada de mi mujer: figúrese usted.

CAR. (Saliendo.) ¿He dejado aquí mi sombrero?

MON. (¡Ella! ¡Qué bonita es!) (Alto.) Aquí está, vida mía.

CAR. ¿Eh?

MEL. ¡¡Arrea!!

MON. Sí, vida mía, ¿por qué te extrañas?

MEL. Hombre, que estoy yo delante.

MON. Hágase usté el distraído.

MEL. Eso, para que usted se distraiga.

MON. Toma. (Alargándole el sombrero y le coge la mano.) ¡Qué mano de azucena!

CAR. ¡Caballero!...

MEL. ¡Ay, que ya se toma la mano!

MON. Un beso.

MEL. No, eso no.

CAR. ¡Socorro! (Al ver que le quiere coger la mano)

MEL. ¡Miserable! (Le da una bofetada.)

MON. (Con ira.) ¡¡Una bofetada á mí!!

MEL. Me suprime.

SEB. (Saliendo con Noguera.) ¿Qué ocurre?

MEL. Que he abofeteado al señor porque quería darle un beso á Carmen.

MON. Nada más natural.

SEB. Sinvergüenza.

MON. No la contesto porque ya sé que está loca.

SEB. ¡Loca yo, salvaje! (Le da otra bofetada.)

MON. ¡Rayos! Vais á saber quién es Mondragón.

NOG. (Al oirlo.) ¡¡Mondragón!! ¡Tú eres Mondragón! ¡Toma, seductor vil! (Le da otra bofetada.)

MON. (Cogiendo la carabina.) ¡Se acabó!

MEL. (Tapándose con las macetas.) ¡No quedamos ni uno! (Filomeno sujetando á Mondragón.)

MON. ¡No va á quedar ni un Rovirosa vivo! (Salen al mismo tiempo Rovirosa y Pepeta, y procúrese que oigan las últimas palabras de Mondragón.)

ROV. } ¿Pero nosotros qué hemos hecho? ¡¡Perdón!!
PEP. } (Hincándose de rodillas.)

MON. ¡Los fusilo á todos! (Mondragón se echa la carabina á la cara. Cuadro; va cayendo el telón; antes de tocar en el suelo se oye un disparo y un grito de terror.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. El loro ha desaparecido del sitio que estaba; en su lugar una esterilla con retratos.

## ESCENA PRIMERA

PEPETA sentada en una silla, á su lado, de pie, los negritos (chicos) y las negritas con cartillas; ROVIROSA, á la izquierda (del actor) ajustando cuentas en dos libros sobre un velador pequeño

**Música**

CORO — A-be-ce
efe-ge
hache-i
jota-ka.

—

PEP. — Jota ka.

—

CORO — Ele-elle
eme-ene
o-pe-qu
erre-ese
te-u.

—

PEP. ¿Be-a?
CORO Ba.
PEP. ¿Be-e?
CORO Be.
PEP. ¿Be-i?
CORO Bi.
Ba-be-bi.
PEP. ¿Be-o?
CORO Bo.
PEP. ¿Be-ú?
CORO Bu.
Ba-be-bi-bo-bu.

—

PEP. No estoy descontenta,
muy bien lo sabéis,
ahora es preciso
que no lo olvidéis.
Conque vamos á ver
y contéstame tú. (A un chico.)
Efe-u, ¿cómo suena?
CHICO Fu-fu.
TODOS Fu-fu.

—

PEP. ¿Jota-a?
CORO (Riendo.) ¡Já, ja, já!
PEP. ¿Jota-e?
CORO (Idem.) ¡Jé, jé, jé!
PEP. ¿Jota-i?
CORO (Llorando.) Ji, ji, ji.
PEP. ¿Jota-u?
CORO Ju-ju.

—

NIÑOS Ya cansados estamos,
nenita rica,
de tanta *gramatica*
y *arimetica*.
NEGRAS Cuéntenos usté, nena,
cualquiera cosa
de esas que allá en su tierra
son muy graciosas.

—

PEP. Pues atención,
CORO Chito, *callá*;
cuando usted quiera
puede *empezá*.

—

PEP. (Acerca la silla á la batería, se sienta y rodeada del Coro y como si les contase un cuento, canta:) Pues señor...

—

En España todo el mundo
cumple la ley sin demora,
los cocheros van al paso
si se les toma por horas.
No se fuma en los teatros
cuando no se tiene gana,
los tranvías sólo cogen
diez ó doce por semana;
se vacuna todo el mundo
por librar la enfermedad,
y por si alcanzan el gordo
del sorteo nacional.
Neguiri, guiri, guiri,
guirito cimarrón,
id pronto á ver
tan gran nación.

—

CORO Neguiri, guiri, guiri,
guirito cimarrón,
no quiere ver
tal población.

—

PEP. Pues señor...
En España los domingos
no se permite hacer nada,
y la vida en tales días
se queda paralizada.
Nunca en sábado los novios
se deciden á casarse,
pues la ley al otro día
les prohibe expansionarse.

Y si en domingo un enfermo
va á morir sin remisión,
ó para el lunes lo deja
ó va á la delegación.
Neguiri, guiri, guiri,
guirito cimarrón,
id pronto á ver
tan gran nación.

—

CORO Neguiri, guiri, guiri, etc.

(Si se repitiesen pueden cantarse los que van á continuación.)

—

En España disfrutamos
de una salud excelente,
y tan solo por capricho
se muere á veces la gente.
Ya no hay fiebres, no hay viruela;
no hay tifus ni escarlatina,
y ha llegado á ser inútil
el sulfato de quinina.
Pero está muy enfermita
la peseta nacional,
y el médico que la cuida
nos resulta un colegial.
Neguiri, guiri, guiri, etc.

—

En España no hay manera
de que se ría la gente,
y el que busca esparcimiento
moléstase inutilmente.
El dramita comprimido
sólo se ve en los teatros
y se venden las butacas
con bromuro de potasio.
Pero siempre hay un recurso
y consiste en asistir
á una sesión del Congreso,
¡que eso sí que hace reir!
Neguiri, guiri, guiri, etc.

**Hablado**

ROV. Ea, ya acabé con el libro mayor; ahora vamos á hacer estos asientos en el de entradas y salidas.

PEP. Está bien; ya conoceis las letras.

ROV. Día veinte: Entra plátano; sale cacao. Día veintiuno: Entra cero cero; sale cacao.

PEP. (A una negra.) A ver tú: la *te* con la *a*...

NEGRA 1.ª Ta.

PEP. (A otra.) La *te* con la *i*.

NEGRA 2.ª Ti.

ROV. Día veintidós: Idem ídem; sale cacao.

PEP. A ver esas pequeñitas: La *be* con la *a*. (Las negras no contestan.) ¿Qué es eso, ya no os acordais después de las veces que lo he repetido?

ROV. Día veintitrés: Idem ídem.

PEP. Está visto: quien con niños se acuesta..

ROV Sale cacao. ¡Qué barbaridad, cómo se vende este producto! Día veinticuatro: Entran dátiles; (Escribiendo.) salen veinticinco arrobas de mangos.

PEP. Si sois aplicadas, prometo enseñaros canciones y bailes.

TODAS (Con alegría.) ¡Ajú!

ROV. Más mangos.

PEP. Conque al trabajo hasta la hora del repaso. (Hacen mutis con un bis de la música.)

ROV Idem ídem mangos.

PEP. (A Rovirosa.) ¿Qué haces?

ROV Aquí estoy mangoneando.

PEP. ¿Has pensado seriamente lo que te dije, papá?

ROV ¿Qué, volvernos á Reus?

PEP. Cuanto antes mejor. Ya ves que mis profecías se han cumplido: mi futuro esposo es un completo salvaje.

ROV Ya parece que se ha calmado un poco, pero, sin embargo, no cesa de repetir que siente no haber matado á un Rovirosa en lugar de un loro, cuando se le escapó el tiro.

PEP. Lo que hace con nosotros es incalificable. Mira tú que educar yo negras...

ROV. Pepeta, no te quejes; si te hubieran dado á tí estos folletos, ya verías lo que es bueno. ¿Pues no se ha empeñado en que conozco siete idiomas? Y que yo sepa, son dos nada más: la lengua catalana y el dialecto castellano.

PEP. Además, nos está matando de hambre.

## ESCENA II

DICHOS. FILOMENO con un cablegrama en la mano

FIL. (Saliendo.) De parte del señor Mondragón, que me diga lo que dice este cablegrama.

ROV. (A Pepeta.) ¿Lo ves? Y me niego y voy á hacerle compañía al loro. A ver, trae. (Leyendo.) «Retirez marchan dises, Dimanche á Cette par talón.» (¡Cualquiera sabe lo que es esto!)

FIL. ¿Qué dice?

ROV. Muy fácil: «Retirez», que se retira, «marchen dises», ó que se marcha como quien dice, ¿sabes? «Dimanche á Cette par talón». (Repitiendo.) Dimanche á Cette par talón. ¡Ah, sí! Que con qué se quitan las manchas de aceite en el pantalón: ¡Muy fácil!

FIL. No lo comprendo.

ROV. (Aparte.) Ni yo tampoco.

FIL. Bueno, ¿pero qué se le contesta?

ROV. Pues que con bencina, ó con lo que le dé la gana.

FIL. Bueno, pues quédese con él para la contestación, y si han acabao el trabajo, amo ha dicho que se vaya la niña á tostar café, y usted á echar uñas cartas al correo.

ROV. (Aparte.) A echar unas chuletitas en el aparato digestivo sí que iría.

FIL. Mire, pa el correo hay una buena longaniza.

ROV. Menos mal.

FIL. Conque, lueguito.

ROV. ¿Lueguito? Lueguito lo que hago es plantarme y acabar de una vez.

PEP. Sí, papá, á Reus. (Mutis los dos.)

## ESCENA III

FILOMENO, JUAN NEPOMUCENO, notario. Poco después MONDRAGÓN

FIL. Niña, profesora es simpática, más simpática que amita nueva.

JUAN (Saliendo.) ¡Hola, etiope!

FIL. Señó notario, amo estaba impaciente por verle.

JUAN Sí, ya sé, la llegada, el disgusto, todo. Ayer no pude venir porque estuve cazando, ya sabes que es mi delirio, y hoy, hoy tengo también partida, por eso necesito verlo cuanto antes.

FIL. Aquí llega. (Mutis Filomeno.)

MON. (Saliendo.) Señor don Juan Nepomuceno...

JUAN Querido cliente, siento en el alma no haber venido ayer; pero una partida... ¡qué partida, amigo mío! Tiré un tucán: *Rampastus Temminki*. ¡Oh! fué un excelente tiro.

MON. Bien; ya sabe usted que deseo firmar el contrato de capitulaciones cuanto antes.

JUAN Ese es mi procedimiento, nada de espera, se busca la pieza, salta y fuego.

MON. Además, á cada momento están surgiendo disgustos y...

JUAN Sí; por cierto que me extraña que con su génio haya tolerado... (Indicación de bofetada.)

MON. ¿Qué iba á hacer? Matar á mi suegro antes de casarme no me pareció prudente. En cuanto al señor Noguera, á eso de las doce habrá subido al cielo. Le aseguro á usted que en esa familia, así como los hombres son insoportables, las mujeres son encantadoras, aun esa misma maestra normal, esta mañana me fijé en ella, y es un buen bocado.

JUAN ¡Hola! estaba usted de acecho.

MON. No; es que tengo una idea que pienso poner en práctica hoy mismo: pedir informes de los Rovirosa á esos parientes pobres.

JUAN ¡Ah! hablarán mal seguramente; sentirán envidia de la posición que va á ocupar la otra.

MON. Sí, ya cuento con eso; pero yo buscaré el termino medio.

JUAN Pues entonces, si le parece, mañana mismo.

MON. Hoy.

JUAN Caramba, querido cliente, es que hoy tengo en perspectiva una importante cacería, espero matar un corzo rojo; *rufus simplicornis.* ¡Ah! ¡Parece mentira que yo, que yo que he sido el terror del bisonte, del siervo, del cabicú, del aguti, aun no cuente en mi historia un ciervo rojo; pero lo cobraré! Llevo unos perros magníficos. Del ciervo vulgar no hablemos, *cervus campestres*; los he matado á millares.

MON. Es que yo neceesito acabar cuanto antes.

JUAN En ese caso, firmaremos antes de partir, usted téngalo todo dispuesto que yo aprovecharé los momentos; las condiciones que facilitó no han variado en nada, ¿verdad?

MON. En nada.

JUAN Corriente. ¡Ah! le doy mi pésame por la muerte del loro.

MON. Sí que lo he sentido.

JUAN Era un hermoso ejemplar: *Búceros plitacos.*

MON. Pero amigo, con aquel tiro... *pulvis eris.*

JUAN ¡Conque voy á ponerme á ello!

MON. Estoy deseando ultimar esto; si no fuese por la necesidad que tengo de casarme, los hubiera pulverizado á todos. (Mutis los dos foro derecha.)

## ESCENA IV

MELENDEZ por la primera puerta izquierda. Al salir ha oído las últimas palabras

MEL. No hay más remedio que escapar, porque lo que es yo no espero á la pulverización;

en cuanto llegue el momento de la firma no tengo más remedio que decirle que Carmen es mi mujer, y eso, eso no se lo digo yo ni por cablegrama; además, que á mí no me han hecho ningún daño estos animalitos. (Por los pájaros.) Y en la segunda bronca no se escapa ni uno. Lo mejor es buscar una volanta y huir con mi suegra y mi mujer... (Va á salir á tiempo que entran Pepeta y Rovirosa.)

ROV. He echado las cartas en una acequia.

PEP. Yo ni tuesto más, ni aguanto un momento más.

ROV. Calma, Pepeta.

MEL. ¡Los Rovirosas!

ROV. ¡Hombre, Meléndez!

MEL. ¡Y dale!

ROV. Es verdad, sí, no me acordaba; bueno, pues quería decirte que así no podemos continuar.

MEL. ¿Por qué?

ROV. Porque mi futuro yerno, vamos tu gerente, nos ha tomado por el pequeño de la portera, ó como se diga, y una de dos, ó le llamas al orden y se casa, ó nos volvemos á Reus.

MEL. Bueno. Voy á llamarle.

ROV. ¿Te esperamos?

MEL. No, porque voy á llamarle al orden nada más. ¡Ah! si por una casualidad preguntan por mí, no digais que me habéis visto.

ROV. Descuida; por más que desde que estamos aquí, no he oído á nadie hablar de Meléndez.

MEL. Sí, es una orden que tengo dada. (Voy á ver si encuentro la volanta.) Mutis foro derecha.)

## ESCENA V

PEPETA, ROVIROSA y MONDRAGÓN

ROV, Ascolta noya, ¿has tostado mucho café?

PEP. Como medio kilo.

ROV. Tendría curiosidad por saber en qué utiliza

tanto café molido, porque en los desayunos no debe ser.

ROV. Puede que sea un medio para probar tu genio, al fin y al cabo como se va á casar contigo...

PEP. ¿Entonces á tí por qué te trata mal?

ROV. Pues por eso; como al fin y al cabo no se va á casar conmigo, le importa muy poco.

MON. (Entrando.) Hombre, ellos aquí. Aprovecharé la ocasión.

ROV. (A Pepeta.) ¡Mondragón!

PEP. Ahora verás: caballero, esto no puede continuar, nos tratan ustedes como esclavos, y no estamos dispuestos..

MON. Bien, bien. (Cuando se incomoda, también ésta se pone preciosa.) (Con amabilidad.) ¿Quieren ustedes hacerme el obsequio de sentarse?

ROV. (Asombrado.) ¡Que si queremos! no faltaba más; siéntate noya. (Vamos, hoy siquiera está razonable.)

PEP. Ya era hora.

MON. (Sentándose.) Ayer presenciaron ustedes la escena escándalosa, en que yo recibí...

ROV. Sí, una... (Ademán de bofetada.)

PEP. Dos.

MON. Tres... pero no recordemos eso. El hecho es, que después de lo ocurrido, la boda era imposible.

ROV. (Aparte.) Ahora nos echa.

MON. Pero yo he renunciado á toda idea de venganza, porque estoy locamente enamorado.

ROV. (A Pepeta, aparte.) Dibuja una sonrisa. (Se sonríe y mira á Pepeta que no se ha sonreído.) Dibuja, mujer. (Se sonríe ella.)

MON. Estoy locamente enamorado y decidido á casarme.

ROV. (A Pepeta, aparte.) Acentúa el dibujo.

MON. Antes desearía tener algunos informes de la familia, y, ¿de quién mejor que de ustedes mismos?

ROV. Oiga, y que le he de decir toda la verdad.

MON. Así lo creo. Conque vamos á ver: ¿qué opinan ustedes de la familia de Rovirosa?

ROV. ¿Que qué opino de mi familia? Pues que creo que es de lo mejorcito que sa conoce.

MON. Me agrada que la defienda de ese modo, pero aquí, en confianza, respecto á las mujeres, ¿no hay nada qué decir?

ROV. (¡Adiós, éste ha sabido lo de mi mujer!)

PEP. Caballero, las Rovirosa, han sido siempre la honradez en persona.

MON. En ese caso, mi prometida...

ROV. A eso debo contestar yo: Mire, la chica, no es porque yo lo diga, pero como hacendosa y ahorrativa ya verá usted cuando se case.

MON. ¡Qué suerte!

ROV. ¿Y el padre?...

PEP. A eso debo contestar yo.

MON. (Aparte.) ¿Por qué se repartirán las contestaciones? ..

PEP. Como hombre puede llevar muy alta la cabeza, y como cabeza de familia no tiene por qué bajar la cabeza.

ROV. ¡Eh! ¡Fíjese, fíjese!

MON. Ya, ya. (Aparte.) Cosa más rara, unos parientes que hablan bien de otros parientes.

ROV. (A Pepeta.) Ahora con estos informes ya verás qué bien nos trata.

MON. (Levantándose.) ¡Bueno, vaya usted á buscar una mesa y usted un tapete!

ROV. }
PEP. } ¡Eh! (Asombrados.)

MON. Y la traen ustedes aquí con unas cuantas sillas.

PEP. (Indignada.) ¿Otra vez?

MON. Es para firmar el contrato de capitulaciones.

ROV. (Muy contento.) ¡El contrato! Para el contrato le traigo el tapete, las sillas, la mesa, el lavabo, el brasero, lo que usted quiera. Gracias á Dios que me hace usted dichoso. Vamos noya. (Hacen mutis Pepeta y Rovirosa foro derecha.)

MON. ¡Pero qué alegría les ha entrado porque me voy á casar! Ya se lo pueden agradecer los Rovirosa.

## ESCENA VI

MONDRAGÓN y MELÉNDEZ

MEL. Ni una volanta. ¡Atiza, Mondragón!

MON. (Intenta irse. Llamándole.) No se vaya usted, querido suegro, tenemos que hablar. Acaban de decirme quién es usted.

MEL. (Aterrado.) Supongo que no hará usted caso de habladurías.

MON. Nada; todo lo perdono y deseo que hagamos las paces; porque supongo que usted no habrá dado crédito á esa estúpida historia de Anita.

MEL. ¿A lo de Anita? (Aparte.) Demonio; él mismo me salva; sí, porque ese pretexto... (Alto.) Pues sí señor que le he dado crédito.

MON. ¿Cómo? Usted cree?...

MEL. (Con dignidad aparente.) Ya lo creo que lo creo, y sépalo usted bien. (Frescura, Meléndez.) Mi hija no pertenecerá nunca á un hombre que tiene una querida; que ha llevado el luto y la desolación al seno de una familia; la discordia á un hogar, y aunque hay que tener en cuenta que es una mujer de rechupete...

MON. ¿La conoce usted?

MEL. No, no... pero casi todas las mujeres son de rechupete.

MON. Pues bien, todo eso que está usted diciendo quisiera poder repetírselo yo al que haya tomado mi nombre.

MEL. A mí: ¿á mí que me va usted á decir? esas son disculpas.

## ESCENA VII

DICHOS. FILOMENO con una carta

FIL. Mi amo, esta carta que llegó en el vapor correo.

MON. (A Meléndez.) Con permiso. ¡El sello es de España! (Abre el sobre.) ¡Eh! (Cae de la carta un pedazo de retrato.) cosa más rara, un pedazo de retrato.

MEL. (Que se ha ido acercando.) Parece letra de Anita.

MON. (Leyendo.) «Varonil Mondragón.»

MEL. (Aparte.) ¡Sí, es de ella!

MON. «Cuando con lágrimas en los ojos leía tu carta de despedida y besaba tu retrato, fuí sorprendida por mi esposo. ¡Qué momento, Mondragón!»

MEL. (Aparte.) ¡Pobrecilla!

MON. «Adiós. Te mando mi último recuerdo; y en cuanto al retrato, sólo pude arrancar el adjunto trozo de manos de mi marido: gracias á él te libro de su venganza. Tu apasionada Anita.»

MEL. ¿Y ahora? Niéguelo usted ahora.

MON. Pero si yo no he conocido jamás á ninguna Anita. Además, ¿usted cree que esto (Por el retrato.) puede ser mío?... Esta boca estúpida...

MEL. (Aparte.) Pero que la ha tomado todo el mundo con la boca.

FIL. (Anunciando.) El señor Noguera.

MEL. (Indignado.) ¡Que no estamos para nadie ahora, hombre!

MON. Sí; lo he citado yo: que pase.

## ESCENA VIII

MONDRAGÓN, MELÉNDEZ, NOGUERA, foro derecha, y FILOMENO queda en el foro

NOG. (Filomeno queda al lado de Meléndez. A Mondragón.) Caballero, me dijo usted que estaría á mis órdenes hoy por la mañana.

MON. Señor mío, jamás rehuyo un lance, pero créame usted que se equivoca, yo no soy esa persona que usted busca.

NOG. ¿Que no? Ah, toda la noche la he pasado

añadiendo á estos pedazos los suyos: aquí he puesto su frente. (Sacando el retrato.) Aquí su nariz, y lo veo á usted clavado.

MEL. (Aparte.) Dios te conserve la vista.

MON. ¡Cómo! (Mirando el retrato.)

NOG. Sí señor, restos de un retrato de usted; mire usted su firma.

MON. ¿Me permite usted?... Un momento nada más.

MEL. (Aparte.) ¡María Santísima! Este une los pedazos, me conoce y me hace pedazos.

MON. (Uniéndolos y mirando á Meléndez.) ¡Cómo! Sí; no cabe duda...

MEL. (Aparte.) Ya está. (A Filomeno.) Oye, ¿qué poneis aquí en los chichones para curarlos?

FIL. Una moneda de plata.

MEL. Anda, cambia ese billete de mil pesetas, y que no te den papel.

MON. (Mirando.) El parecido es enorme.

MEL. (Aparte á Mondragón.) Por favor, no me pierda usted.

MON. (Con alegría.) ¡Ah! (A Noguera.) Caballero, su retrato me ha puesto sobre la pista del infame que ha tomado mi nombre.

NOG. (Con satisfacción.) ¿De veras?

MON. Si quiere usted volver dentro de una hora, quizás pueda presentarle al culpable.

NOG. Volveré, ya lo creo. (Dirigiéndose á Meléndez.) Usted que tiene autoridad sobre él, hágale que confiese el nombre del miserable.

MON. Descuide usted, que á la vuelta... (A la vuelta de diez años no me has encontrado todavía.) (Mutis Noguera.)

## ESCENA IX

MONDRAGÓN y MELÉNDEZ

MON. (Mondragón se fija en Meléndez. Pausa.) Míreme usted bien, señor Rovirosa. (Meléndez busca á su alrededor á Rovirosa, hasta que recuerda que es él.)

MEL. ¿Rovirosa...? ¡Ah, sí!

MON. El miserable que se ha hecho pasar por mí, ha sido usted.

MEL. Servidor. ¿Por qué? Sencillísimo. Estaba yo una tarde colocando montoncitos de azúcar...

NOG. Azúcar, ¿eh? Basta: no tiene usted disculpa. (En el mismo tono que antes Meléndez.) Un hombre que ha llevado el luto y la desolación al seno de una familia, la discordia á un hogar...

MEL. (Deteniéndole.) Sí, y aunque ella es de rechupete... precisamente esa ha sido la causa.

MON. Pues bien, ya tengo tomada mi resolución.

MEL. (Aparte.) Lo que tarda ese con el cambio.

MON. Elija usted: ó morir como un perro ó transigir.

MEL. Transigir; no cabe duda; como un perro no me parece decente morir.

MON. Usted y su mujer, faltando á la palabra empeñada, se niegan á darme la mano de su hija.

MEL. Mire usted, la verdad es que á la chica no le gusta usted.

MON. ¿Cómo que no le gusto? Pues menudas miraditas me echa cuando está usted distraído.

MEL. (Estupefacto.) ¡Eh! ¿No me engaña usted?...

MON. En eso estoy seguro.

MEL. (¡Caracoles!)

MON. Por lo tanto, es necesario que hoy mismo quede firmado el contrato de casamiento con su hija.

MEL. Pero...

MON. O de lo contrario le enseño el retrato á Noguera y...

MEL. No, nunca; cásese usted en seguida. (Aparte.) ¡Ay, de qué medios me valdría para irnos!

FIL. Los convidados.

## ESCENA X

DICHOS, JONÁS, (1) que saca un estuche con un aderezo. CORO DE PLANTADORES y después SEBASTIANA. Salen alcompás de la música con gravedad cómica

### Música

JONAS (A Mondragón.) Salud. (Saludando.)
CORO (A Meléndez ) Salud.
(A Mondragón.) Salud.
(A Meléndez.) Salud.

JONÁS (A Mondragón.)
Colonos colindantes
y ricos propietarios,
le damos nuestros plácemes
con viva admiración.

—

CORO (Idem.)
Que el cielo de los trópicos
alumbre vuestra dicha,
y amor eternamente
proteja vuestra unión.

—

MON. No sé cómo expresaros
mi eterna gratitud;
qero, en fin, muchas gracias,
salud.
JONÁS Salud.
CORO Salud.

—

MEL. (Aparte.)
Esta gente es muy tratable
y, además, muy *saludable*;
pero voy corriendo á ver
si hay manera de que escape
con mi suegra y mi mujer.

---

(1) Fíjense los directores en la nota final.

Quiero salir
de esta inquietud.
(A ellos.) Salud.

JONÁS Salud.

TODOS Salud.

(Mutis Meléndez primera puerta izquierda.)

—

JONÁS (A Mondragón. Recitado dentro de la música, procurando que se oiga bien.)
Un óbolo pequeño, simple ofrenda,
partícula de afecto, poca cosa,
colonos propietarios colindantes
queremos ofrecer á vuestra esposa.
No es dadiva preciada, es efeméride
que señala una fecha venturosa,
un óbolo pequeño, simple ofrenda,
partícula de afecto, poca cosa.

**Cantado**

MON. Tantas mercedes
no sé cómo pagar,
mi esposa en presentarse
muy poco ha de tardar.
Yo les ruego, entre tanto,
que me dispensen un solo instante.

JONÁS Esperamos gustosos.

MON. Es una cosa muy importante.

(Mutis Mondragón.)

JONÁS (Hace señas á los demás; se acercan y abre un estuche.)
¡Helo aquí!

CORO ¡Santo Dios!
¡qué rubí!
¡qué color!
¡qué matiz!
Deslumbra nuestra vista
y ciega nuestros ojos,
flamígero el destello
de alhaja tan sin par,
son rayos los diamantes,
centellas los zafiros,
relámpagos las perlas.

—

JONÁS ¡Es una tempestad!

—

SEB. (Saliendo)
¿Dónde estará mi yerno?
JONÁS ¿Eh, qué eso? ¡Una mujer!
CORO ¿Una blanca?
JONÁS Sí, no hay duda.
Por su aspecto debe ser.
El momento ha llegado,
señores, atención,
cantémosle primero
el gran himno al amor.

—

(Se adelanta con seriedad cómica, y al llegar á Sebastiana canta extendiendo los brazos.)
Falanjes de querubes,
el cielo tropical,
cruzando lentamente
van.
Pidiéndole al Altísimo
que os llegue á conceder,
una luna amorosa
de eterna miel.
¡Viva Cupido!
¡gloria al amor!
¡que su perfume
embriagador
esparce pródigo
en derredor!
¡todos cantemos
en vuestro honor!

**Hablado**

PLANT. 1.º (A Jonás.) Suéltele usted ahora el discurso.
JONÁS Voy. (Se estira los puños, etc.) Señorita.
SEB. Señora. (Con dignidad.)
JONÁS ¡Ah! ¿Es usted viuda?
SEB. Desgraciadamente.
JONÁS (Aparte á los Plantadores.) Me ha estropeado el párrafo de la dicha desconocida. (Alto.) Señora: acepte usted esa débil muestra de

nuestra admiración y de nuestro afecto en un día tan grande como el de hoy. (Le da el estuche.)

SEB. (Aparte.) Debe ser aquí el *Corpus*.

JONÁS Santo Domingo se siente orgulloso de unirse á Cataluña y así lo indica en un refinamiento de delicadeza el dibujo que cubre la tapa del estuche. ¡Santo Domingo y Cataluña! Una palmera de la cual brotan barretinas.

SEB. (Aparte.) ¡A qué vendrá esto!

JONÁS Solo nos queda un deseo por formular. Señora: sea usted dichosa y que tenga muchos hijos.

SEB. (Con dignidad.) Caballero, ya le dicho que soy viuda.

JONÁS Eso no es un estorbo, puesto que va usted á volver á casarse.

SEB. Está usted equivocado.

JONÁS ¡Equivocado! (Consulta con los Plantadores ) Entonces, permítame que la recoja el aderezo.

SEB. Ahí le tienen. (¿Por quién me habrá tomado?)

## ESCENA XI

DICHOS, CARMEN, MELÉNDEZ y MONDRAGÓN

CAR. (Saliendo primera puerta izquierda.) Mamá, mamá.

SEB. ¿Qué ocurre?

CAR. (Aparte.) No sé; mi marido que se ha empeñado en que me disfrace de negra y me vaya con él.

SEB. ¡Qué locura!

MEL. (A Sebastiana.) Es costumbre.

MON. (A Jonás.) ¿Qué les parece mi prometida? (Por Carmen.)

JONÁS (A los demás.) ¡Por fin, esta es!

**Música**

Falanjes de querubes,
el cielo tropical,
cruzando lentamente
van.

Pidiéndole al Altísimo
que os llegue á conceder,
una luna amorosa
de eterna miel.
(Se descubre adelantándose.)

**Hablado**

PLANT. 1.º ¡Suéltele usted el discurso! (Mondragón habla en el foro con Filomeno que aparece.)

JONÁS Voy, señorita.

CAR. Señora.

JONÁS (¡También viuda! lo que es ese parrafito me lo como.) (Vuelve Mondragón al proscenio.) Señora: acepte usted esa débil muestra de nuestra admiración y de nuestro afecto, en un día tan grande con el de hoy.

CAR. (A Sebastiana.) ¿Qué día es hoy?

SEB. Por el deseo de tu marido, me parece que es carnaval.

JONÁS Santo Domingo se siente...

MON. (Mirando en segundo término ) Señores: Don Juan Nepomuceno.

JONÁS Caramba, me han dejado la oración sin acabar.

## ESCENA XII

DICHOS, ROVIROSA, con una mesa; PEPETA, con un tapete; DON JUAN NEPOMUCENO, con una escopeta de dos cañones y ocho perros de caza

ROV. Aquí está la mesa.

PEP. Y el tapete.

SEB. (A Meléndez.) ¿Para qué traen eso?

MEL. No sé; creo que esperan á un prestidigitador.

JUAN (Entrando con seis perros de caza y una escopeta de dos cañones.) ¿Se puede pasar?

MEL. (A Sebastiana.) No, pues no era un prestigitador, era un lacero.

JUAN (A Mondragón.) Usted perdone, querido cliente, pero ya sabe que de aquí parto á la cacería.

MON. Si le parece, los perros...

JUAN Sí. (A Rovirosa)

MON. Llévese estos perros y enciérrelos en el patio.

ROV. (Cogiéndolos) ¿Muerden?

JUAN Cuatro nada más.

ROV. ¡Animalitos! (Mutis con los perros y vuelve en seguida.)

SEB. (A Meléndez) ¿Pero vamos á quedarnos nosotros?

MEL. Yo creo que como testigos...

CAR. Sí, será curioso mamá.

SEB. Bien (Se sientan todos formando un círculo, alrededor de la mesa en la siguiente forma: En primer término izquierda del público Mondragón, sigue Jonás y Plantadores, los que no quepan, se colocan detrás. En el centro, el velador. Primer término, derecha, Carmen; después, Sebastiana; después, Meléndez; después, Roviros, y después, Pepeta. El Notario se quita la escopeta y la deja sobre la mesa en forma que los cañones apuntan á Jonás y dice éste.)

JONÁS Un momento. (Entonces coge la escopeta y la vuelve y la pone apuntando á Meléndez. Entonces Meléndez la coge)

MEL. Otro momento. ¿Está cargada?

JUAN Los dos cañones. (Meléndez la pone apuntando á Sebastiana y ésta se levanta asustada. En vista de esto Rovirosa la coge y la pone en un rincón.)

MON. Cuando usted quiera, don Juan.

JUAN Voy á leer las principales cláusulas del contrato.

JONÁS (Ahora es la ocasión.) Un momento: Santo Domingo se siente.

MEL. Que se siente.

JONÁS Bien: lo diré después.

JUAN Ante mí don Juan, etc., etc... comparecen de una parte don León Mondragón etc. . y de otra la señorita Emilia, María, Luisa, Josefa, Rovirosa. ¿Están bien los nombres?

ROV. (Levantándose.) Divinamente.

MON. Siéntese y calle.

JUAN Ambos en el pleno uso, etc... Primero: el se-

ñor Mondragón, prometido esposo de la señorita Rovirosa reconoce á favor de ésta una dote de veinte mil duros.

TODOS ¡Bravo! ¡Bravo!

ROV. (Levantándose y yendo hacia Mondragón.) Epico, espartano, no esperaba menos de usted.

MON. ¿Y á usted qué le importa? (A Meléndez.) Haga usted el favor de decirle que se esté quieto.

MEL. Siéntate, espartano.

MON. Qué afecto les tiene á ustedes. Siga.

JUAN Segundo: el señor Mondragón cede igualmente á su prometida la propiedad de la finca conocida con el nombre de Granja de los bananeros, situada en el distrito de Barahona.

ROV. (Se levanta llorando.) ¡Más todavía! (Yendo hacia Mondragón.) ¡Corazón magnánimo!

MON. ¿Me quiere usted dejar en paz?

ROV. Epico. (A Pepeta.) Es brusco, pero á desprendido no hay quien le gane.

SEB. (A Meléndez.) Todo eso que le ofrece te lo habrá robado á tí seguramente.

MEL. Sí; pero vaya usted á probárselo.

JUAN Tercero: el ya citado Mondragón deseando dar una prueba de simpatía á su padre y madre políticos...

ROV. (Levantándose.) No, á la madre no, desgraciadamente. (Solloza.)

MEL. (Aparte.) ¡Quieres callarte!

ROV. Pero si la madre no existe.

MEL. Mejor, las dos partes para tí.

ROV. ¡Ah! Mire, siendo así...

MON. Voy á tener que tomar una determinación con ese hombre.

JUAN ..... A su padre y madre políticos les reconoce una renta anual de veinte sacos de café caracolillo durante toda su vida.

TODOS ¡Bien! ¡Bien!

ROV. (Llorando.) ¡Y de caracolillo!

MON. (A Sebastiana.) ¿Qué le parece á usted, señora?

SEB. (Con indiferencia.) ¿Qué quiere usted que me parezca?

MON. (Aparte.) Por lo visto le parecen pocos. (Alto.)

Querido don Juan, añada usted diez sacos más.

ROV. (Levantándose.) Nunca, eso sería ya abusar. Con veinte hay bastante; yo apenas lo pruebo.

MON. O se calla usted ó mando que lo encierren con los perros.

ROV. (Sentándose.) ¡Alma generosa!

MON. (A Sebastiana.) ¿Y treinta son bastantes?

SEB. (A Meléndez.) ¿Pero á qué me consulta á mí?

MEL. Una galantería; como yo soy quien soy... (no lo sabes bien.)

SEB. ¡Ah, vamos! (A Mondragón.) Está bien, lo único que tiene usted que tener en cuenta es si puede disponer de esos sacos.

MON. De esta finca saco más.

SEB. (A Meléndez.) ¿Lo ves cómo te roba?

MON. (A Carmen.) ¿Deseas que conste alguna otra cosa ó se cierra, sol mío?

ROV. / PEP. ¡¡Eh!! (Todos se levantan.)

SEB. Esto ya es intolerable.

MON. Pero en qué quedamos, ¿puedo ó no puedo hacerle el amor?

SEB. ¿Usted hacerle el amor á mi hija? ¿Quién ha autorizado esa infamia?

MON. El señor. (Por Meléndez.)

CAR. ¡¡Tú!!

MEL. ¿Pero no recuerdas la torta que le dí?

MON. Vaya, esto es demasiado y necesito una satisfacción. Señores, háganme el favor de pasar aquí: y vosotros (A Rovirosa y Pepeta.) servirles dulces y cañas

ROV. Que me maten si lo entiendo.

JONÁS (A los plantadores.) Por lo visto hay otra equivocación. (A Carmen.) Señora, yo suplicaría á usted que me devolviese el aderezo, hasta...

CAR. Sí, sí; y en cuanto me vengan otra vez con él los echo á todos á la calle.

JONÁS Voy á tener que suprimir lo de gran día.

## ESCENA XIII

MONDRAGÓN, CARMEN, SEBASTIAN y MELENDEZ

MON. Ea, acabemos de una vez.
MEL. Yo le explicaré...
MON. No, usted no; con las señoras es con quien necesito entenderme.
SEB. (A Carmen.) Aquí sucede algo extraño; trata de alejar á tu marido.
CAR. (A Meléndez.) Tráeme la sombrilla que me he dejado arriba.
MEL. (Dejarlas solas jamás.) Luego la recogeremos.
MON. Vaya usted ó... (Indica que saca el retrato.)
MEL. Sí, sí, voy. (Mañana el gran café de los Trópicos, cerrado por defunción.) (Mutis.)

## ESCENA XIV

DICHOS, menos MELENDEZ

MON. ¿Me explicará usted por fin por qué se opone á la voluntad de su marido?
SEB. ¿Mi marido? Murió hace dieciocho años.
MON. ¡Ah! entonces se ha vuelto usted á casar con el señor Rovirosa.
SEB. ¡Eh!... ¡con el señor Rovirosa! ¡Si apenas le conozco.
MON. ¿Qué apenas conoce usted al señor que me..? (Indicación bofetada.)
CAR. Pero si el que le pegó á usted fué mi marido.
MON. ¿Su marido ó su padre?
CAR. Mi padre murió hace dieciocho años.
MON. Que no lo entiendo, ea. ¿El señor Rovirosa no es su marido de usted?
CAR. Rovirosa, no; Meléndez.
MON. ¡Meléndez! ¡Ah! ¡pero ha venido otro convidado!
SEB. Meléndez es su amo de usted.
MON. ¡Mi amo!
SEB. Claro: ¿no es usted su gerente?

MON. Señora, aquí no hay más dueño ni más gerente que yo.

SEB. }
CAR. } ¡¡Usted!!

SEB. Entonces Meléndez, ¿qué es?

MON. Pues un folletín de los más intrincados.

CAR. ¿Pero á qué ha venido?

MON. A ofrecerme la mano de usted que, según él, es su hija, según usted es su marido y, según la señora. no sé lo que será.

SEB. ¡Qué monstruo! ¡Nos ha engañado!

CAR. Entonces, el viaje que hacía todos los años á esta posesión...

SEB. Pretexto: acaso para una infidelidad.

CAR. (Llorando.) Quizá tenga una querida.

MON. La tiene: se llama Anita.

SEB. Anita es la de usted, caballero.

MON. ¿Conque la mía? (Enseñando el retrato.) ¡Fíjese usted!

SEB. ¡Infame! Luego la carta que le cogí era para él.

CAR. ¡Ay, mamá! yo quiero divorciarme.

SEB. Pero antes es preciso castigarle duramente.

MON. Yo me encargo. (Llamando.) ¡Filomeno!

FIL. ¡Amo!

MON. (Aparte á Filomeno y fuerte que lo oiga el público.) Dile al señor Noguera de mi parte que el sujeto que busca, es mi futuro suegro.

FIL. Está bien. (Mutis.)

MON. ¿De manera que Rovirosa por lo visto no existe?

SEB. Rovirosa y su hija son esos infelices que usted ocupa en las labores del ingenio.

MON. ¡¡Ellos!! Y yo que los he tratado como criados. ¡Ah, necesito darles una completa satisfación!

## ESCENA XV

DICHOS, ROVIROSA y PEPETA que salen con bandejas de dulces y cañas

ROV. (Con una servilleta al hombro.) ¿Qué les sirvo á las señoras, caña ó curasao?

MON. (Abriendo los brazos y dirigiéndose á él.) ¡Usted no sirve!

ROV. (Huyendo.) No, por Dios, que he hecho todo lo que me mandó.

PEP. ¡Y han quedado satisfechos!

MON. (Abrazándole) Aquí, á mis brazos, fuera esa servilleta, y usted, señorita, me perdonará que la haya hecho tostar café; y usted lo de las cartas.

ROV. No, si no las eché.

PEP. Pero yo sí tosté.

MON. Filomeno: que salgan los invitados y el Notario y todo el mundo. Gracias á Dios que se aclaró el horizonte.

## ESCENA FINAL

DICHOS, MELÉNDEZ, JONÁS, DON JUAN NEPOMUCENO, Invitados, poco después NOGUERA y FILOMENO

MEL. (Con la sombrilla.) ¿Qué habrá pasado? ¡Carmencita!...

CAR. Caballero, todo ha acabado entre nosotros.

MEL. ¡Todo!

SEB. Lo sabemos todo.

MEL. ¡Todo!

SEB. Los tribunales se encargarán de usted por adulterio y usurpación de nombre.

MEL. (Al público.) El café de los Trópicos cerrado por seis años y un día de prisión correccional.

MON. Señores: tengo el gusto de presentar á ustedes á la señorita Rovirosa, mi verdadera prometida así como á mi verdadero suegro. (Por Rovirosa.)

NOG. (Sale al oir las últimas palabras.) ¡Su suegro! ¡Ah, miserable!... (Corre tras él.)

ROV. No, por Dios, que yo lo he hecho todo bien.

MON. (Sugetándole) ¿Qué va usted á hacer?

NOG. Matarlo, gracias á usted.

ROV. ¡Caramba con mi yerno!

MON. Espere usted, que hay una equivocación. El que usted busca...

MEL. (Á Mondragón.) Por su madre de usted, no me descubra hasta que me vaya.

MON. Después de todo, á mí qué me importa. (Á Noguera dándole un retrato de la esterilla.) El Mondragón que usted busca es un primo mío que ha huído á Australia; pero ahí tiene usted su retrato completo.

NOG. ¡Ah, por fin! Es tal como me lo había figurado; no se me escapará, no.

MEL. (Á Mondragón.) ¿Qué retrato le ha dado usted?

MON. Uno que andaba por ahí rodando del dueño anterior.

MEL. ¡Escoriaza! Me alegro por haber vendido la finca. (Sale Filomeno con los perros y se dirige á Meléndez.)

FIL. ¿Son para usted estos perros?

MEL. ¿Perros? Hombre, yo te dije que todo plata.

MON. Y ahora, querido don Juan, cuando usted quiera.

JONÁS Un momento. (Á Pepeta.) Señora.

PEP. (Con dignidad.) Señorita.

JONAS Por fin voy á soltar el párrafo de la dicha desconocida.

**Música**

Falanges de querubes,
el cielo tropical
cruzando lentamente
van.
Pidiéndole al Altísimo
que os llegue á conceder,
una luna amorosa
de eterna miel.

(Ataca la orquesta el Himno del amor y va cayendo el telón.)

FIN DE LA OBRA

# ADVERTENCIAS

Rogamos á los señores Directores de escena cuiden bien lo relativo á los trajes en los actos segundo y tercero, sobre todo el coro de plantadores.

En Madrid se vistió en la forma siguiente:

Sombrero de copa gris claro.
Levitón del mismo color.
Cuello alto de pajaritas exageradas.
Chalina hecha con lazo grande.
Chaleco claro.
Pantalón blanco.

La mayoría debe llevar una luchana á estilo yanqui y la tez bronceada.

—

Los negros y negras, que se pinten la cara... es molesto ¡pero que se le va á hacer!

—

El Notario, en la primera salida, pantalón blanco, americana de hilo crudo y sombrero de paja; en la segunda, con arreos de caza y el traje consiguiente.

***

En las poblaciones donde domina la mogigatería (que las hay), llamamos la atención de los Directores de escena para que sustituyan la palabra *querida*, por otra ú otras sinónimas pero más suaves, como *amante, trapicheo. lío*, etc., pero no utilizando una sola, sino variándolas en el curso del diálogo.

En toda la región catalana, debe suprimirse por si pudiera molestar (aun cuando ni en la intención ni en la forma se ha querido hacerlo) la frase de Rovirosa, *la lengua catalana y el dialecto castellano.*

El número de la caza de la serpiente, se ruega sea puesto con todo el movimiento y animación posible.

Aunque al describir la decoración del primer acto se ha hecho de modo que resulte lo menos complicada y más económica posible, se ruega á las compañías que puedan esmerarse más, no dejen de hacerlo, presentando el trozo central de un barco con su chimenea, cordaje, etc. No obstante, no lo consideramos esencial, ni lo hacemos cuestión de amor propio.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio. DOS pesetas